

LA LEYENDA DE SHAPAHONI

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



LA LEYENDA DE SHAPAHONI

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

1. — Las criaturas del vacio. Curtís Garland.
2. — *Asalto al tiempo.* Glenn Parrísh.
3. — *La pirámide de oro.* Joseph Berna.
4. — *Amigos de otro mundo.* Glenn Parrísh.
5. — *Necrosis programada,* Curtís Garland.

KELLTOM McINTIRE

LA LEYENDA DE SHAPAHONI

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 649
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA

BARCELONA, BOGOTÁ, BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0 Depósito legal: B. 38.308 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1 .a edición: enero. 1983

2.a edición en América: julio. 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

Me habían contado tantas cosas acerca de mi sobrino Billy, que estaba deseando tomar mis vacaciones para trasladarme a la pequeña

y pintoresca localidad de Sun Springs, situada en un encantador vallecito del estado de Oregón.

Sam Riverton, mi cuñado, me había telefoneado en varias ocasiones a lo largo de los últimos meses, exponiéndome sus inquietudes.

—Nuestro hijo, que era hasta ahora un muchacho locuaz, vivaracho y travieso, se ha ido volviendo huraño, introvertido, solitario. Tú eres un famoso psiquiatra, Clive. A Dorothy y a mí nos gustaría mucho que vieras a nuestro hijo y tratases de encontrar una explicación a su cambio de comportamiento...

Pero yo estaba muy atareado por entonces, atendiendo mi consulta de Nueva York, además de mis responsabilidades en la inspección forense y mis secciones de psiquiatría en varias clínicas privadas.

Cada vez que mi hermana Dorothy o mi cuñado Sam me llamaban, solía prometerles que haría un rápido viaje a Sun Springs en el próximo fin de semana. Pero después surgían compromisos profesionales o sociales que me impedían cumplir lo que había prometido,

Debo confesar que soy un psiquiatra vocacional y que mi profesión me absorbía por completo, hasta el extremo de que a mis treinta' y dos años aún continuaba soltero, aunque disfrutaba de la atención de varias amistades femeninas muy apetecibles.

Hacia mediados de junio, mi hermana volvió a telefonearme. Parecía consternada.

¿El motivo?

Mi sobrino Billy había suspendido el curso. No se trataba de una o dos asignaturas: Billy no había podido superar ninguna.

—¿Comprendes ahora nuestra preocupación, Clive? —se lamentó—. Nuestro hijo *era* un estudiante modelo. Jamás le suspendieron en una sola asignatura y siempre obtuvo notables y sobresalientes. Y ahora, desde hace unos meses...

—No te preocupes demasiado —traté de animarla—. Debe tratarse de un problema de desarrollo.

—¿Desarrollo? ¿A qué te refieres?

—Billy va a cumplir trece años, si no me equivoco. A esa edad, un

muchacho comienza su desarrollo sexual, lo cual conlleva ciertas alteraciones psicosociales y cognoscitivas. Sin embargo, será algo temporal. Estoy seguro de que esa situación cambiará y Billy volverá a ser el buen estudiante que siempre fue.

Sucedió un silencio. A través del teléfono oi el tenue suspiro de mi hermana.

—¡Ojalá tengas razón! Lo cierto es que esta situación nos está haciendo sufrir a todos —dijo—, Sam se ha enfadado terriblemente, ha gritado e incluso a amenazado a Billy, lo que no había ocurrido jamás. La reacción de nuestro hijo ha sido negativa. Sin pronunciar una sola palabra de disculpa, se ha encerrado en su habitación. Apenas sale de ella para otra cosa que para emprender una de sus largas caminatas por el bosque o para comer, aunque si no le obligamos, Billy prefiere comer a solas en su habitación. Por otra parte, esos paseos solitarios...

—¿Qué...?

—Me preocupan, Sam. Antes, Billy era el muchacho más sociable del mundo. Como tú sabes, está bien dotado físicamente y siempre le han apasionado los deportes. Incluso llegó a ser campeón escolar de atletismo. Se relacionaba costantemente con sus compañeros y amigos, asistía a actos culturales o recreativos, siempre estaba en contacto con los demás...

—¿Y ahora?

—Todo ha cambiado. En cuanto tiene un momento libre, se marcha al campo, siempre solitario. De nada vale que su padre y yo le hayamos advertido del peligro que puede correr un muchacho en la soledad de los bosques. Si es preciso, Billy se escapa. Vuelve tarde, casi de noche, destrozado, exhausto, cubierto de arañazos y hambriento, como si hubiera caminado kilómetros a través de los matorrales —me describió mi hermana, evidentemente alarmada.

Reflexioné sobre todo lo que estaba escuchando. Entretanto, Dorothy se desahogaba a través del teléfono.

—Creo que su cambio de actitud se inició a partir del día en que Billy contó a sus amigos lo del ovni. Sus compañeros se burlaron de él sangrientamente. Y a partir de aquel momento, se mofaron de él en todo el pueblo. Esa debió ser la causa de su introversión. Por lo demás, creo que tampoco Sam supo comprenderle.

—Cuéntame eso del ovni —pedí, interesado—. ¿Qué sucedió?

—Esa tarde, Billy había salido a cumplir un encargo de su padre a la granja de George Howell. Sam necesitaba la motosierra que había prestado a Howell hacía unas semanas. De modo que Billy cogió su bicicleta y marchó a cumplir su encargo. La granja Howell está relativamente cercana: a unos siete kilómetros de Sun Springs. Como tenía tiempo suficiente, Billy decidió alargar su paseo hasta el lago Shapahoni. Ese lugar le ha apasionado siempre. Sus profesores le enseñaron que el Shapahoni es un lago de origen volcánico, es decir, que sus aguas se alojan en el cráter de un antiguo volcán. Billy siempre ha estado obsesionado con la idea de que algún día el volcán volvería a dar muestras de actividad, que entraría bruscamente en erupción. Durante una excursión que hicimos los tres a las orillas de Shapahoni, Billy permaneció todo el tiempo en la orilla, contemplando sin pestañear las oscuras aguas del lago...

—Pero tú hablaste de un ovni —la interrumpió.

—Sí. Ese día, Billy regresó un poco tarde de la granja Howell. Había cumplido el encargo de su padre, pero me pareció extrañamente excitado. En cuanto le fue posible, escapó de casa y se reunió con sus amigos. Volvió poco después, mohíno y disgustado, y se encerró en su habitación hasta la hora de la cena...

Al advertir su hosca actitud, su padre le interrogó al respecto.

—¿Para qué os voy a decir nada? —replicó—. Probablemente vosotros tampoco me creeréis.

Sin embargo, tanto insistieron sus padres que finalmente el chico se sinceró.

Según contó, a la puesta del sol se encontraba ensimismado en la contemplación de las quietas aguas del lago Shapahoni, cuando vio surgir una gran turbulencia del fondo del lago.

Una potente fosforescencia azulada inundó de luz la sombría depresión del antiguo cráter. Torbellinos de espuma llegaron hasta la orilla y una gran masa ascendió lentamente, chorreante, al tiempo que un sonido levísimo, pero muy desagradable, hería los oídos de Billy.

El muchacho, alarmado, pero no asustado, permaneció inmóvil entre los arbustos de la orilla hasta que aquel gigantesco objeto se elevó y desapareció a gran velocidad al otro lado de las cumbres del

monte Hagen.

Cuando Billy terminó su relato, Sam Riverton estalló en una carcajada tremenda.

—¡Pero Billy! —rió hasta desternillarse—. No cabe duda de que tu obsesión por los ovnis y alienígenas te ha jugado una broma. Has sufrido una alucinación, eso es todo.

Billy contempló, muy pálido y serio, a sus padres. De pronto, se alzó de la silla y abandonó el comedor, yendo a encerrarse en su habitación.

—¿Comprendes ahora por qué sospecho que la causa inicial de su introversión comenzó con aquel incidente? —insistió Dorothy, a través del teléfono—. Creo que nuestro hijo se sintió herido y se encerró en sí mismo.

—De modo que Billy es un apasionado de los extraterrestres y sus fabulosas astronaves —comenté.

— ¡No puedes imaginarte hasta qué extremos! —exclamó mi hermana—. Cuando tenía ocho años, devoraba materialmente cuantas revistas y libros de ese género caían en sus manos. A! principio le atraían sobre todo los cómics, pero después se apasionó por la literatura científica, la astronomía y la astronáutica. Creo que en su pequeña biblioteca no hay un solo volumen que no trate de esos temas. Ha leído todas las obras de Isaac Asimov, de Ray Bradbury y todos los especialistas del género. Su inclinación llegó a tener caracteres de manía. Pero Sam y yo no le dimos demasiada importancia Nos pareció algo normal en un chico de su edad.

—Y tenéis razón —respondí—. En cuanto a los motivos de su cambio de conducta, estoy de acuerdo contigo. Es muy posible que se sintiera herido por la incredulidad y las burlas de los demás.

—Pero, ¡Clive! —protestó Dorothy—. ¿Cómo iba a creer semejante historia? ¡Una gran astronave surgiendo del fondo del lago Shapahoni! ¿O es que tú también crees en esas cosas?

Sonreí para mis adentros.

—Ni creo ni dejo de creer —dije—. Pero escúchame con atención: a la edad de Billy, hay ensueños o delirios que pueden tener toda la apariencia de la realidad. Hay hechos muy concretos: cuando éramos niños, todos creíamos a pies juntillas en los ogros, los gnomos, las

hadas, las brujas, «el Tío de! Saco» y todos los personajes con los que nuestros mayores trataban, equivocadamente, de asustarnos. *Creíamos* en personajes y cosas que no existían, tenlo en cuenta.

Dorothy quedó en silencio. Y luego:

—Clive, tú eres psiquiatra y sabes explorar en la mente humana, pero yo nada entiendo de eso —confesó—. Quien me preocupa es Billy y su cambio de actitud. Por lo demás, han ocurrido algunas cosas raras que nos han dado que pensar.

—¿Qué *clase* de cosas raras?

—Billy siempre fue obediente. Jamás hubo que reñirle ni mucho menos pegarle. Pero ahora su obsesión es escaparse de casa. Y siempre va a parar al mismo sitio: a los parajes donde se encuentra el lago Shapahoni. Hace unos meses, hice un descubrimiento en su habitación mientras ordenaba su cama y su ropa.

—Dime. ¿Qué encontraste?

—Algo que me llenó de repugnancia: su armario estaba lleno de cajas y frascos de todos los tamaños que contenían bichos.

—¿Bichos?

—Sí, bichos. De todas las clases y tamaños. Desde ratas, ratones y murciélagos, hasta hormigas, moscas, coleópteros, ciempiés, tarántulas, caracoles, lagartijas...

Me eché a reír de buena gana.

—¡Oh, no tienes que preocuparte, querida hermana! Todos hemos coleccionado bichitos a la edad de Billy —comenté.

Dorothy respondió, exaltada:

—¡Pero no en la cantidad que Billy los guardaba! Tenía miles de sabandijas de todos los tamaños. Algunos estaban muertos, pero la mayor parte seguían vivos.

—¿Y qué hiciste?

—¿Qué iba a hacer? Arrojé toda aquella porquería de allí, amontoné los bichos, los rocié de gasolina y les prendí fuego —respondió—. Cuando llegó Billy, se lo dije. Su semblante palideció y sus labios temblaron. «¿Por qué has hecho esa salvajada?» —me gritó

—. «¡Has echado a perder nuestro proyecto!»

—¿Proyecto? ¿A qué se refería?

—No quería hablar, pero le obligué a explicarse. Dijo que recientemente había hecho amistad con un desconocido, un forastero. No sabía su nombre ni conocía otras circunstancias del desconocido, pero le llamaba el Sabio. Al parecer, aquel individuo le había pedido que Billy le buscara bichos de todas las especies vivientes. Le pregunté a Billy que para qué quería aquel hombre los bichitos y mi hijo respondió vagamente: «¡Oh, se trata de experimentos científicos!» Y no soltó una palabra más.

—¿Hablaste con tu marido de esto? —quise saber.

—Naturalmente. Sam se enfadó. Volvió a gritarle a Billy y dejó bien sentado que no quería que su hijo tuviera tratos con desconocidos, aunque se tratara de sabios chiflados. Luego fue a hablar a Tom Morrill, nuestro sheriff. Es natural: queríamos saber quién era el individuo que había hecho amistad con nuestro hijo.

-¿Y...?

—Nada. Morrill le dijo a Sam que no tenía noticias de que ningún forastero hubiera liegado en las últimas semanas a Sun Springs. Le prometió que indagaría a tal fin y él y su ayudante, Dick Elkins, se pasaron todo todo un día preguntando a unos y otros. Incluso recorrieron las granjas próximas por si en alguna de ellas se alojaba el Sabio. Sus gestiones resultaron negativas. Incluso así, los dos policías recorrieron en su jeep los bosques y los montes del distrito, en busca del misterioso individuo, pero no le hallaron. Fatigados ya, dieron fin a su búsqueda con la creencia de que Billy se había inventado una nueva historia.

Dorothy añadió que a lo largo de las últimas semanas se habían producido otros hechos alarmantes.

—Han desaparecido misteriosamente varias cabezas de ganado vacuno y lanar y algunos caballos —me informó—. Hechos como éstos no se habían producido jamás en Sun Springs, donde todos nos conocemos. Tú has estado dos o tres veces aquí y sabes que componemos una comunidad muy unida y apacible. La gente deja las puertas de sus cosas abiertas y nos fiamos absolutamente unos de otros. Pero las reses no han aparecido y todo el mundo comienza a mostrarse alarmado y temeroso. Ahora *sí* cierran las puertas e incluso hombres armados vigilan las granjas y establos, a la busca de los

misteriosos cuatreros que no dejan huellas...

La interrumpí.

—Pero todo eso nada tiene que ver con Billy —observé.

—Eso creía yo, Clive, hasta hace unos días. Sam se había marchado a la serrería y Billy y yo nos encontrábamos en la cocina. Yo estaba preparando el asado y él, sentado a la mesa, parecía abstraído tomando unas notas. Eso creí yo, pero lo que estaba haciendo era un dibujo, perfecto, por cierto.

—¿Un dibujo? ¿Qué representaba?

—Una especie de rara astronave. Una hilera formada exactamente por los animales que habían desaparecido en el distrito se dirigía hacia la astronave. Entonces le oí murmurar entre dientes: «Necesitaremos también perros, cerdos y cabras». Estaba tan absorto, que le dirigí la palabra y no me contestó. Le observé. Bisbiseaba entre dientes, profundamente concentrado.

Dorothy calló. Parecía abrumada.

—En pocos meses, Billy ha dado un estirón increíble, pero ha adelgazado hasta quedarse en los huesos. A mí me parece enfermo, desmejorado, pero la joven doctora Henessy dice que es normal en su proceso de crecimiento, aunque Billy se muestra inquieto, impaciente y sueña en voz alta todas las noches. He tratado de entender lo que decia, pero no lo he conseguido, Clive. Cuando habla en sueños, se diría que Billy se expresara en algún idioma desconocido. A veces... a veces temo que mi hijo padezca alguna perturbación mental. ¿Comprendes mi inquietud, Clive?

CAPITULO II

No conozco un rincón más encantador que Sun Springs, al sur del estado d

El pueblecito, de poco más de 1.500 habitantes está situado en la falda de un risueño y angosto valle que se extiende en dirección norte-sur. Hay nieves casi perpetuas en las cumbres del imponente Hagen Mount y los espesos bosques de coníferas se extienden por doquier. Allá abajo serpentea el Casson River, cuyas aguas bañan las alegres praderas y campos de cereales. Aunque pequeñas manadas de toros y vacas pacen en los pastuzales, la mayor riqueza de la comanca la constituye la madera, abundantísima.

Durante los crudos meses de invierno, llegar a Sun Springs por carretera es prácticamente imposible por causa de la nieve, que bloquea ios collados y los puertos y lo cubre todo de un blanco deslumbrante. En ocasiones, los enfermos o heridos deben ser evacuados por helicópteros de los servicios de emergencia y la vida en Sun Springs se vuelve monótona, íntima y familiar.

Pero ahora era verano y el verdor imperaba por todas partes: en los inmensos bosques de un azul verdoso, en las laderas herbosas y en los pastizales que franquean el río.

Mi Mercedes convertible escalaba ágilmente los collados y el viento despeinaba mis cabellos. Conducía despacio, absorto en la contemplación de aquella belleza salvaje y primitiva de la que sólo podía gozar de tarde en tarde, obligado normalmente a desenvolverme en la jungla del asfalto.

Arriba, en las crestas arboladas, se oía el zumbido potente de las motosierras que manejaban los madereros. De cuando en cuando, resonaba un penetrante grito de aviso y un gigantesco pino centenario se abatía majestuosamente entre las frondas, acompañado de sonoros crujidos.

Debi distraerme un momento, pues al remontar un collado estuve a punto de arrollar a un diminuto coche europeo detenido al borde de la angosta carretera.

Pisé a fondo el freno y los neumáticos laterales de mi coche derraparon sobre la gravilla de la cuneta: mi Mercedes se detuvo, con un chirrido desagradable, apenas a un metro de distancia del cochecito.

Un tanto alarmado, abrí la portezuela y bajé. Lo primero que descubrieron mis asombrados ojos fue el más maravilloso par de piernas que haya visto en mi vida. Después vi el gato que elevaba lateralmente el pequeño vehículo, una rueda deshinchada, un tapacubos que contenía cuatro espárragos y una llave de ruedas.

Luego… de debajo del coche surgió una cabeza de cabellos ensortijados, rubios como el oro, pero lamentablemente impregnados de polvo. Y vi a continuación un rostro juvenil manchado de grasa y un par de ojos azules que me contemplaban con manifiesta irritación.

—¿Aún no se ha enterado que esto no es Indianápolis? —farfulló la mujercita, despidiendo chispas por los preciosos ojos—. ¡Ha estado a punto de matarme!

Estaba lindísima, con su pantaloncito short que me permitía admirar la redondez de sus morenos muslos y la perfección de sus rodillas; la frente sudorosa, las mejillas tiznadas y el busto, perfectamente definido por el ajustado suéter, hinchándose y deshinchándose al compás de su alterada respiración.

—Lo…, lo siento —respondí, embarazado. Y mi nerviosismo no se debía a mi culpable conducta, sino a la impresión que aquella guapísima muchacha acababa de producirme—. Me…, me distraje un momento contemplando el paisaje. De todas modos, no podia imaginar que me iba a encontrar con un coche detenido al otro lado de un pronunciado cambio de rasante y precisamente en una curva. Creo que… ¡ejem!, a cualquiera le hubiera sucedido otro tanto. Debió situar el coche en otro punto menos peligroso.

Los ojos azules volvieron a destellar peligrosamente.

—¡No, si finalmente voy a tener que presentarle mis excusas! —bramó, desafiante.

Me miró de hito en hito, advirtió que yo apenas podía separar mis ojos de sus perfectos muslos, hinchó el pecho furiosa, y volvió decididamente bajo el automóvil.

Al parecer, trataba de extraer la rueda de repuesto alojada bajo el maletero de su pequeño automóvil. Pero la tuerca que aseguraba la rueda estaba oxidada y sus esfuerzos parecían inútiles. Por lo demás, según pude observar, no había tenido la precaución de calzar las ruedas y el ligero cochecillo se balanceaba peligrosamente, amenazando con caer y aplastarla bajo su peso.

Miré a mi alrededor, busqué unas piedras de tamaño adecuado y calcé el coche. Luego me quité la chaqueta de mi veraniego, la arrojé sobre el respaldo de mi coche y me acerqué de nuevo.

—¿Quiere que le eche una mano? —pregunté suavemente.

Rezongó algo entre dientes y finalmente salió, arrastrándose sobre el polvo. Sudaba copiosamente y al enjugarse el sudor con una mano había convertido su rostro en una máscara irreconocible.

—¡Maldita tuerca! —barbotó—. ¡No hay quien la mueva!

Busqué algo en mi maletero y volví en seguida, tendiéndome sobre un pedazo de plástico. Esparcí un lubricante afloja-tuercas en el lugar adecuado y poco después la rueda estaba libre.

—¡Ajajá! —exclamó ella, con sorna, apoyadas las manos en sus deliciosas caderas—. Así que he ido a tropezar con un manitas... ¿Cómo diablos lo ha conseguido?

Le mostré el spray afloja-tuercas y sonreí con modestia.

—Como ve, no se trata de ninguna habilidad particular. Pero siempre voy prevenido cuando hago un viaje largo. Ahora, déjeme: yo montaré la rueda —me ofrecí.

Ella estuvo observándome todo el tiempo, mientras yo en cuclillas apretaba los espárragos. Devolví la rueda pinchada a su alojamiento, bajé el vehículo y apreté de nuevo.

—Ya está —dije—. ¿Va muy lejos? Si no le importa, iré tras su vehículo por si sufre alguna nueva avería.

Por primera vez, sonrió. Y su sonrisa era radiante, a pesar de los tiznones que desfiguraban su juvenil fisonomía.

—Regreso a Sun Springs —respondió—. Vivo allí; soy la doctora Val Henessy. Y... lo siento. Quiero decir; me porté groseramente. Usted no tenía culpa, puesto que desconoce estas peligrosas carreteras.

Nos estrechamos sin remilgos las manos, manchadas de grasa y polvo. A pesar de que sus manos eran pequeñas y finas, su apretón fue decidido y cordial.

—¡Ah, la joven doctora Henessy! —exclamé, complacido—. Mi

hermana, Dorothy Riverton, me habló de usted hace pocas fechas. En Sun Springs deben estar encantados con usted.. ¡Va mucha diferencia del viejo y gruñón doctor Shulter a la jovencísima y encantadora doctora Henessy!

Val se ruborizó.

—Gracias, pero el doctor Shulter era un buen médico, aunque refunfuñase a sus pacientes —puntualizó—. De todas formas, no debo quejarme; en Sun Springs me aprecian todos.

Buscó un trapo dentro de su coche y me lo ofreció para limpiarme las manos. Luego ella recompuso un poco su aspecto y me miró:

—¿Vamos? —invitó—. Iré despacio. Mi coche es viejo y su motor se calienta demasiado en estas cuestas

—Perfectamente. Vamos allá.

Arrancó y yo la seguí a pequeña velocidad. Su coche se vino abajo en la cuesta arriba siguiente. Rodaba tan despacio que temí que no llegara a coronar la pendiente. Finalmente lo conconseguió, pero en cuanto traspusimos el cambio de rasante, el automóvil se detuvo de nuevo.

Cuando eché pie a tierra, advertí que bajo su capot surgían tufaradas de silbante vapor.

—Hasta aquí llegó —comentó la doctora Henessy, resignada—. Creo que el motor se ha gripado. Tendré que dejar el coche aquí y enviar al mecánico. ¿No le importa llevarme en su automóvil? Sólo quedan unos diez kilómetros hasta Sun Springs.

Sonreí maliciosamente.

En mi interior, estaba diabólicamente satisfecho de que aquel cacharro hubiera decidido descomponerse definitivamente.

—¿Importarme? —respondí—. Todo lo contrario. Venga conmigo.

—Gracias —dijo.

Y recogió del interior del cochecito su pequeño maletín profesional.

Val suspiró cuando mi convertible se puso en marcha y el viento refrescó sus ardientes facciones. Durante unos minutos, ninguno de los dos pronunciamos una palabra. Ella parecía absorta en la

contemplación del sinuoso trazado de la carretera y yo tenía suficiente con admirarla por el rabillo del ojo.

Hasta que advirtió mi insistencia y dijo:

—Mire adelante, va a marearse si sigue mirándome con tanta fijeza.

Yo rompí en una carcajada y ella rió también de buena gana. Luego le señalé el paquete de cigarrillos que había en guantera y le pedí que me encendiera uno. Se lo puso en los labios, le prendió fuego y me lo tendió, lo que le agradecí vivamente. A continuación encendió otro para ella y ambos fumamos.

De pronto, dijo:

—Aún no me ha dicho su nombre.

—¿No se lo he dicho? Discúlpeme, me distraje con la conversación. Soy Clive Valentine, psiquiatra. Ejerzo en Nueva York —dije.

Parecía íntimamente asombrada.

—¡Vaya, vaya! El famoso doctor Valentine en la pequeña localidad de Sun Springs. ¿Es que viene a hacerme la competencia? —bromeó, risueña.

—Ni mucho menos. Acabo de tomar mis vacaciones y pienso disfrutarlas íntegramente en Sun Springs. Por lo demás, mucho me temo que los habitantes de ese pueblecito estarán absolutamente a salvo de depresiones, manías y otras perturbaciones psíquicas. Los conozco y sé que son gente saludable —respondí.

Su frente se frunció.

—Hasta hace poco, si —comentó—. Pero hace algunas semanas que los nervios están desatados. Ultimamente, he tenido que prescribir muchos sedantes y todo tipo de tranquilizantes. Ocurre algo... ¡no sé! indefinible.

—¿Se refiere a esas desapariciones de reses? —pregunté—. Mi hermana hizo alguna alusión a ese respecto.

—Lo del ganado es algo incomprensible, ciertamente —dijo—, aunque quizá algún dia se revuelva ese enigma. Pero hay algo más: esa gente, que antes era sosegada y pacifica, se está volviendo irritable, impaciente, quisquillosa e incluso violenta.

Se humedeció los labios y añadió:

—Ayer, una descomunal serpiente mató uno de los novillos de Pete Hubbard. Yo mismo pude ver el cadáver del animal: el esqueleto del novillo estaba pulverizado, quebrantados todos los huesos. El reptil debía poseer una fuerza descomunal.

Le miré, sorprendido.

—¿Una gran serpiente? —exclamé, incrédulo—. En esta zona no existen ofidios de gran tamaño.

—Cierto. Pero la serpiente mató al novillo de Hubbard. Por desgracia. Hubbard y sus hijos, que lograron matar al reptil a tiros, se enfurecieron y no pararon hasta despedazarlo. Después, rociaron los restos con gasoil y les prendieron fuego. ¡Una pena! no quedaron más que cenizas. Si no hubieran sido tan atolondrados, hubiéramos podido averiguar a qué especie de ofidios pertenecía esa serpiente mostruosa. Según los Hubbard, era tan larga y gruesa como una anaconda. ¿De dónde pudo venir ese bicho? —se preguntó Val Henessy, preocupada.

—Tal vez se trataba de una verdadera anaconda o una pitón, que escapó de algún circo o zoológico —expuse.

—Tom Morrill. nuestro policía, ha hecho algunas averiguaciones al respecto con resultado negativo —respondió—. Nada. No existe ningún zoológico a menos de trescientos kilómetros de distancia. Tampoco se registró el paso de un circo ambulante en un radio de cincuenta kilómetros. Es incomprensible. De todas formas, eso puede explicar de alguna manera que los ánimos estén excitados.

—Supongo que sí.

—Y, además, han ocurrido otros incidentes misteriosos.

—¿A qué se refiere, doctora Henessy?

—Pues verá, doctor Valentine —se detuvo bruscamente y se echó a reír alegremente—. *Doctor Valentine, doctora Henessy*… ¡Parecemos dos viejos científicos fanáticos del protocolo! ¿Por qué no nos tuteamos? Al fin y al cabo, somos colegas. Llámame simplemente Val. Es más sencillo.

También ella era sencilla. Sencillamente encantadora.

—De acuerdo, olvidemos nuestros respectivos títulos y hablemos

con confianza, Val. Pero me estabas diciendo que habían ocurrido otras cosas inquietantes…

—En efecto. Fue el viernes pasado. Vic McKue conducía el autobús que une Sun Springs a Big Lombard y otros pueblos de la comarca. Eran las nueve de la noche y McKue conducía a baja velocidad porque se acercaba al puente que cruza, aguas abajo, el Casson River. Sólo viajaban en su autobús unos doce pasajeros, la mayoría de ellos adormilados tras el madrugón de la mañana anterior.

—¿Y qué ocurrió?

—De repente, un objeto oscuro se le vino encima. Un objeto voluminoso, según dijo McKue. Se oyó un gran estrépito y el gran cristal parabrisas se deshizo en añicos. McKue y sus pasajeros no se mataron o ahogaron de milagro, por que el vehículo penetraba en el puente en aquel instante. Se salvaron gracias a la pericia y a la demostrada sangre fría del conductor, que a pesar de la heridas de su rostro siguió atento al volante, en lugar de frenar bruscamente o dar un volantazo.

—Un extraño incidente, es cierto —asentí.

—McKue y sus pasajeros, una vez detenido el autobús, intentaron averiguar qué había ocurrido. En el marco del parabrisas hallaron una pasta blanquecina, maloliente. Dentro del vehículo se encontraron fragmentos de una especie de celuloide, aunque más tarde yo misma descubría que no era tal, sino pedazos de queratina, de materia córnea semejante a los élitros de los coleópteros y ortópteros, aunque muy gruesa y dura.

—¿Nada más?

—Nada más. En el taller, se apresuraron a limpiar con la manguera aquella pasta maloliente, con lo que me resultó imposible analizarla. La hipótesis más extendida entre los pasajeros y los vecinos de Sun Springs es que algún ave de gran tamaño se estrelló contra el autobús, pero lo cierto es que no encontramos ni una sola pluma. Si se trataba de un animal, su cadáver debió caer al rio y arrastrado por las aguas. De todas formas, a la mañana siguiente Morrill y un numeroso grupo de voluntarios recorrieron ambas orillas del río, pero regresaron defraudados, porque no encontraron nada anormal.

—¿Cuál es tu opinión al respecto, Val? —le pregunté.

—¿Mi opinión? No sé qué decir. ¿Un ave nocturna, atraída por las

luces del autobús? Pudo ser, pero no estoy muy segura. De todas formas, no hay otra explicación plausible. Como tampoco existe lógica para el hallazgo del esqueleto de una vaca en un remanso del Casson River —dijo.

—Cuéntame eso —pedí.

—Hay poco que contar —respondió, exhalando una bocanada de humo que acarició su rostro—. Unos chicos que habían ido a pescar hallaron ese esqueleto sobre un montón de arena. Mondo y lirondo, incluso habían roído parcialmente sus huesos.

—¿Y qué tiene eso de extraño? —le miré con asombro.

—Era una de las vacas que habían desaparecido pocos días antes —replicó—. Es posible que la res cayera al rio y se ahogara, aunque, según dicen, las vacas de esta comarca son buenas nadadoras. Pero ¿quiénes habían devorado su cuerpo?

—Los peces del río —contesté.

—Sólo hay carpas, barbos, black-bass... Ciertamente, el black-bass es carnívoro, pero no tan voraz como para despacharse una vaca de setecientos kilos en unos pocos días —me explicó.

Yo no tenía entonces ni idea de que varios días después iba a protagonizar una desgradable experiencia en las aguas del Casson River.

Por lo demás, tras remontar el último collado descendimos una pronunciada cuesta y nos encontramos ante Sun Springs.

Dejé a Val Henessy ante un bonito chalet de piedra a la entrada del pueblo. Ella me dio las gracias gentilmente y nos despedimos.

CAPITULO III

Desde antes de llegar a Sun Springs, había decidido mi conducta a seguir respeto a mi sobrino, Billy Riverton. No adoptaría una actitud profesional, doctoral. Por el contrario, procuraría ganarme la confianza del muchacho a base de tratarle con afecto y sencillez y no formularle ninguna pregunta relacionada con el tema que inquietaba a sus padres. En una palabra: dejaría al muchacho tranquilo, a su aire. Aunque eso no quiere decir que me cruzaría de brazos. Trataría de observarle con discreción y procuraría atraérmelo de forma que Billy y yo permaneciésemos la mayor parte del tiempo juntos. Si conseguía

su confianza, quizá él mismo se sincerase conmigo y lográsemos averiguar la causa de su extraña conducta de los últimos tiempos.

Lo primero que advertí al saludarle, fue que Billy había sufrido un enorme cambio desde la última vez que yo le viera, unos dos años atrás. El cambio no era sólo físico —si bien era cierto que estaba muy espigado y esbelto—, sino también psíquico.

Se diría que mi sobrino había madurado muy aprisa. Aún no había cumplido trece años, pero me sorprendió su seriedad y su reciocinio.

Billy y yo habíamos congeniado siempre. En cuantas ocasiones había visitado Sun Springs, mi sobrino se había mostrado conmigo juguetón, afectuoso y abierto. Entonces era un niño, pero había dejado de serlo bruscamente, aunque en su aspecto exterior apenas si se advertían los signos de una incipiente pubertad.

Cuando le abracé, respondió a mi gesto con torpeza y embarazo.

—¡Pero bueno! —exclamé en broma—. ¿Es que un par de años han servido para que te olvides de tu tío predilecto?

Sonrió tímidamente e hizo un esfuerzo por mostrarse más amable y distendido.

—Bueno, estoy preocupado —confesó—, ¿Sabes ya que he suspendido el curso?

Le dije que si, pero aseguré que yo había tenido varios tropiezos de ese tipo cuando tenía su edad y que había superado esos baches fácilmente. Mi comentario consiguió animarle durante un instante, pero en seguida sus facciones volvieron a entristecerse.

Hablamos un rato. O, mejor dicho, fui yo el que habló. Le dije que de ninguna forma pensaba renunciar a nuestras actividades de otros tiempos: largas cabalgadas a través de los bosques, meriendas en el campo, partidas de caza y de pesca...

Billy asentía amablemente a mis palabras, pero noté que parecía ausente.

No quise forzarle y me separé de él, dejándole en su habitación, que él había convertido en una especie de *sancta sanctorum.*

Almorzamos. Dorothy, Sam y Billy comían en silencio, pero yo hablé durante todo el tiempo, describiéndoles las incidencias de mi

largo viaje. Y luego aludí a la doctora Henessy.

Mi hermana se animó:

—¿Qué te ha parecido? En Sun Springs estamos encantados con ella. Es amable, servicial, laboriosa y sencilla. Y muy bella. En poco más de un año, la doctora Henessy ha logrado ganarnos a todos —dijo.

—Una joven encantadora, en efecto. Nos, conocimos en la carretera. Y les conté el episodio.

Billy abandonó la mesa en cuanto terminó el almuerzo.

—¿Ves? —se encrespó mi cuñado en seguida—. No dice una palabra, no habla con nosotros, está siempre ansioso por abandonar nuestra compañía para aislarse en su dormitorio o escapar de casa. ¡No puedo permitir que esto siga así!

—Calma, calma —traté de serenarle—. Todo se arreglará.

—Pero ¿cómo, cuándo? —estalló, impaciente—. A cada día que pasa, nuestro hijo se encierra más en sí mismo. Se dedica todo el dia a leer sus librotes y a tomar notas que nadie puede entender, porque se ha inventado un idioma propio, una especie de jeroglífico o clave, ininteligible para todos menos para él. He visto sus raros dibujos y diseños... Créeme, Clive, yo creo que Billy necesita urgentemente atención psiquiátrica.

—Os prometo que me ocuparé del muchacho. Sin embargo, aparte de su introversión yo no advierto ningún cambio grave en él —dije.

—¡Ya lo entenderás cuando lleves unos días aquí! Tú mismo me darás la razón —clamó Sam, muy excitado.

Mi hermana intervino entonces.

—Está bien, está bien, pero dale tiempo a Clive —rogó a su esposo —. Tendrá tiempo suficiente durante todo un mes para ocuparse de nuestro hijo. Debes estar cansado, Clive. Lo mejor sería que durmieras una buena siesta.

Era mi única hermana, seis años mayor que yo, y se empeñaba en cuidarme como si fuera mi madre.

Dije que descansaría un poco, pero que no tenía sueño. Me retiré,

pues, a la habitación que me habían reservado y abrí mis maletas. Traía algunos libros, cuidadosamente seleccionados, a través de los cuales contaba atraerme la atención y la confianza de mi sobrino. Tenía un par de libros del famoso Charles Berlitz y otro volúmenes que podrían incitar a Billy, como *A la busca de otra humanidad, Mundos olvidados, La Tierra, ¿Planeta experimental?* y *Mensajes de mundos lejanos.*

Mi estrategia consistiría, pues, en hacer ver a Billy que me interesaban apasionadamente tales temas. Después dejaría los libros al alcance de su mano y esperaría los resultados.

Hacía calor. Semidesnudo, tomé un libro, encendí un cigarrillo y me acomodé en una mecedora, cerca de la ventana, cuyas cortinas estaban corridas casi por completo, dejando apenas una rendija por la que penetraba una luz tenue.

Comencé a leer y poco a poco rne fui introduciendo en la magia de la narración, mientras fumaba mi cigarrillo.

Fue al alzar ocasionalmente la mirada, cuando me atrajo algo: Billy estaba en la ventana de su dormitorio, que se veia perfectamente desde mi habitación, a unos diez metros de distancia.

Mi sobrino permanecía rígidamente en pie con las manos apoyadas en el alféizar y los ojos cerrados. Parecía profundamente concentrado.

En tal actitud, Billy permaneció no menos de diez minutos Absolutamente inmóvil como una estatua, apretados con fuerza los párpados, se diría que ni siquiera le vi alzar lentamente las manos y abrir los ojos.

Mirando a través de la rendija, a distancia prudencial de los cristales entornados para que él no pudiera verme, sequí observando a Billy, entregado ahora a extraños movimientos.

Sus ojos pardoclaro, destellaban, clavados en algún punto del infinito. Entretanto, sus manos componían extraños sig nos, semejantes a los del lenguaje empleado por los sordomudos, aunque decididamente eran otras señales, más lentas e insólitas.

¿Con quién trataba de comunicarse? Porque todo en la actitud de Billy denotaba a la persona que está enviando un mensaje, sea cual fuere.

Despacio, me acerqué un poco más a los cristales, aunque temeroso

de que mi sobrino me descubriera. Pero no había tal riesgo: Billy, profundamente concentrado en lo que estaba haciendo, ni siquiera parpadeaba.

Traté de vislumbrar el lugar donde se encontraba el receptor de aquel ignoto mensaje. Pero no pude ver a nadie, por la sencilla razón de que la casa de los Riverton estaba sitúada en el confín del pueblo y aquellas ventanas daban sobre el valle. Desde allí se divisaba, lejano, el río. Y todavía más remotamente, la cumbre majestuosamente de Mount Hagen, con sus brumosas cumbres aún cubiertas de nieve.

Me separé lentamente de la ventana y, busqué en una de las maletas los potentes prismáticos King que había traído, como hacía siempre que salía de excursión o vacaciones. De nuevo, junto a la ventana, escruté a través de los prismas y las lentes el atractivo paisaje, desde los corrales construidos a mis pies, como las laderas próximas, las praderas y yerbazales próximos al río, las granjas y bosques cercanos…

Inútilmente, porque no pude ver a la persona objeto del mensaje cifrado que Billy seguía enviando.

Todavía permanecí durante un rato, espiándole entre las tupidas cortinas, hasta que mi sobrino se retiró con lentitud y la ventana se cerró.

Al cabo, me retiré a mi mecedora, dominado por la perplejidad.

La extraña conducta de Billy comenzaba a preocuparme. ¿Padecía, como temía su padre, alguna perturbación neurótica, algún tipo de desequilibrio mental?

Durante nuestro breve encuentro inicial, yo no había advertido en él ningún espiar sus inconprensibles manejos, la duda empezó a morderme.

De repente, sentí sed y decidí bajar a la cocina. Mi hermana estaba todavía lavando cacharros.

—¿No duerme? —preguntó—. Sam se ha echado un rato. Se levanta temprano y trabaja demasiado en la serrería. Es bueno descansar. Tú también deberías intentar dormir un rato —me sermoneó.

Abrí el frigorífico y me serví un vaso de zumo de aguacates, deliciosamente frío.

—No tengo sueño —dije en voz baja—. Además, me preocupa que estéis inquietos por causa de vuestro hijo.

No le confesé lo que acababa de ver, pues probablemente aquello sólo serviría para intranquilizarla más, si cabe.

Me senté junto a la mesa. La temperatura allí era más fresca que en mi dormitorio. Dorothy terminó su trabajo, se enjugó las manos en un paño de cocina y vino a sentarse junto a mi.

—No te he dicho nada delante de Sam, porque mi marido es aún más aprensivo y excitable que yo —susurró—. Pero verdaderamente cada vez existen más motivos de preocupación respecto a Billy.

—Explícate, ¿quieres?

Habló quedo, junto a mi oreja, temerosa de que Sam pudiera oir sus palabras.

—Lo descubrí anteanoche —dijo—. Como puedes imaginarte, desde que Billy comenzó a mostrarse tan extraño mi sueño no es todo lo tranquilo que fuera de desear. Pues bien: anteanoche desperté bruscamente en mitad de la noche. Miré la esfera fosforescente del despertador de la mesilla de Sam y vi que eran las tres de la madrugada. Sam dormía como un tronco y roncaba apaciblemente. Pero no eran sus fuertes ronquidos la causa de mi despertar, sino las quedas voces que llegaban del otro lado del pasillo.

—Sigue, por favor.

—El dormitorio de Billy está a unos tres metros del nuestro, en el lado opuesto del pasillo —añadió mi hermana—. Y yo, todavía bajo el sopor de! sueño, seguía escuchando aquellas voces que sonaban sigilosas.

Al principio, Dorothy pensó que probablemente Billy había dejado encendida su pequeña radio a transistores.

Pero, inquieta, abandonó el lecho y decidió investigar.

A medida que se acercaba a la puerta del dormitorio de su hijo, las voces iban siendo más audibles.

—Y una de las personas que hablaban era Billy, no tuvo la menor duda. Lo insólito del caso es que yo no podía entender lo que decía.

—¿Por qué?

—Se expresaba en una lengua extraña, indescifrable. Pero era la voz de mi hijo, de eso estoy bien segura —declaró Dorothy.

—¿Y la otra? —inquirí.

—Era absolutamente desconocida, una voz metálica, impersonal, propia de un autómata, de un robot, qué sé yo. Tú has oído esas cancioncillas que los ingenieros de sonido consiguen articular a fuerza de efectos especiales, electrónicos ¿verdad?. Pues la voz del interlocutor de Billy sonaba así. Despersonalizada, como si fuera producida por una máquina en lugar de un ser humano —susurró.

Quedé de una pieza.

Dorothy es una mujer que tiene los pies bien asentados sobre la tierra. Desde que tengo uso de razón, mi hermana mayor dio siempre muestras de un equilibrio emocinal a toda prueba y de un sentido práctico fuera de toda duda.

—Debiste impresionarte mucho —opiné—. ¿Qué hiciste?

—¡Me asusté! Imagínatelo, Clive. Yo suponía a mi hijo durmiendo en su cama, *solo,* y a las tres de la madrugada, le escucho expresándose en una lengua desconocida, manteniendo una conversación ininteligible con alguien... Me quedé fría como el hielo, incapaz de reaccionar. Y luego, como una fiera, me abalancé sobre la puerta, llamándole por su nombre: «¡Billy, Billy, hijo...!» La puerta estaba cerrada por dentro, a pesar de que jamás había hecho algo semejante. Impotente, seguí forcejeando, pero era inútil: no pude abrir...

Pero sus golpes y sus voces habían conseguido un efecto; el silencio. Aunque aguzó el oído, ya no pudo percibir ningún sonido al otro lado de la puerta.

—Volví a nuestra alcoba, Sam dormía profundamente, ajeno a todo. Es natural: durante el día trabaja como un mulo. No me atreví a despertarle. Pero en seguida volví a la puerta del dormitorio de mí hijo. ¡Creí que me volvía loca, loca de remate! —gimió mi pobre Dorothy.

—Pero ¿por qué? —susurré.

—Porque en cuanto apoyé mi mano en el pomo, la puerta se abrió.

La habitación estaba a oscuras y dudé un momento, miedosa... Pero advertí que la ventana estaba abierta de par en par, aunque la noche era fresca...

A fuerza de ánimo, Dorothy penetró en la habitación y, a tientas, buscó el interruptor de la iuz.

—Apenas podía creerlo —me confió—. Billy estaba en su cama, perfectamente arropado, dormido.

Suspiré.

—Debió sufrir una pesadilla, hablar en voz alta —sugerí.

—Pero ¿y la otra voz, tan distinta de la suya? —clamó Dorothy, alterada.

Me esforcé en convencerla de que algunos histéricos eran capaces —bajo el efecto de un ataque de nervios— de fingir voces muy diferentes a la propia.

Pero mi hermana no pareció muy convencida.

—Y aunque eso fuera posible —objetó, intranquila—, ¿por qué Billy habría de expresarse en un idioma que no es el suyo? Billy inició a principios de cursoel aprendizaje del francés, pero, querido Clive, yo también llegué a hacer varios cursos de francés y sé muy bien que mi hijo no se expresaba en ese idioma, sino en otro absolutamente distinto de cualquiera de los que nosotros podemos conocer.

No hice ningún comentario. ¿Qué podía decir?

—No me quedé tranquila hasta que hube registrado el armario y mirado bajo su cama —confesó Dorothy—. Incluso me asomé a la ventana y escruté el exterior, tratando de... Bien, ni siquiera sé qué trataba de encontrar entonces. Lo que sí puedo jurarte es que cada vez me siento más y más alarmada por todo lo que se relaciona con Billy.

CAPITULO IV

—¡Os digo que es una plaga, una verdadera plaga! —gritaba George Howell, excitado, casi congestionado—, ¿Langosta? ¡No lo sé, maldita sea! Pero esos bichos se han tragado mi maizal durante la noche y han dejado arruinada mi alfalfa.

—Vamos, George —palmeó su espalda Ken Rover, propietario también de una granja—. Has debido soñar. O quizá beber demasiado. ¡No hay plagas de ese tipo en el estado de Oregón!

Se escucharon algunas carcajadas. Desde un lugar próximo, yo observaba distrídamente al grupo de campesinos y ganaderos, entre los que George Howell discutía acaloradamente.

Me encontraba en uno de los dos bares de que disponía el pueblo. Uno era éste, el de Ian McKorney, situado en el centro de Sun Springs; el otro estaba situado a la entrada de la localidad, junto a la gasolinera, en la misma carretera de acceso. En Sun Springs, los hombres casados, solían acudir al bar de McKorney, donde me encontraba yo. Las parejitas, algunos borrachínes impenitentes y los afortunados solterones que habían conseguido ligar en Big Lombard o Dalles (poblaciones cercanas), preferían cobijarse en la cafetería de la gasolinera, que contaba con un discreto salón, donde podían permanecer fuera de la vista —y, por tanto, de las críticas— de los metomentodos que suelen existir en todas partes.

El bar de McKorney era un lugar apacible, donde se citaba la gente más madura para hablar de sus cosechas y ganados, cerrar alguna operáción o, sencillamente, tomar unas copas formando animadas tertulias.

Yo iba ya por la segunda jarra de cerveza y estaba planteándome si Val Henessy consideraría precipitada una probable visita mía a su bonito chalet de las afueras.

Pero me atraía demasiado lo que estaba diciendo el corpulento George Howell como para separarme de la barra de McKorney en aquel momento.

—Os juro que es verdad —insistía—. Esta mañana encontré mi maizal arruinado por completo. Los tallos de! maíz estaban aserrados, por abajo, y toda la plantación hecha una pena. Y no olvidéis que había sembrado unas diez hectáreas de maíz. En cuanto a si he bebido o no. McKorney es testigo de que en todo el día he aparecido por aqui.

Al otro lado de la barra, lan asintió.

—George tiene razón. Yo no le he servido una sola caña de cerveza en todo el dia. Hasta ahora —aseveró.

Un hombre de cabellos canosos abandonó la mesa en la que

charlaba con otros tres personas y se acercó al grupo de Howell. Yo conocía a aquel hombre: era Joroboam Spine, el veterinario de Sun Springs.

Spine palmeó la espalda de George Howell y dijo:

—Lo que acabas de decir es muy interesante, amigo mió. Así que diez hectáreas de maizal arruinadas... Es extraño. En Sun Springs no se conocen otras plagas que la oruga procesionaria y hace años que hemos logrado erradicar esos gusanos. ¿Qué clase de insectos eran los que asolaron tu plantación?

—¡Ojalá lo supiera! —respondió George, desolado—. Miré por todas partes, buscando algunos insectos muertos. Pero no encontré uno solo.

El veterinario aceptó la jarra de cerveza que McKorney acababa de poner a su alcance y bebió un largo trago.

—Un caso insólito, es muy probable hallar centenares de animales muertos entre los restos de la plantación. Pero tú dices que no pudiste hallar ni uno solo...

—¡Ninguno! —contestó Howell, desesperado. Bebió su caña de cerveza y apoyó sus manazas en los hombros del veterinario—. Tiene que investigar este asunto, doctor Spine. Y dar la alarma cuanto antes a las autoridades. De prosperar esa plaga, no serían mis campos los únicos afectados... ¡Esos voraces bichos son capaces de devastar toda una comarca en unos pocos días!

—Tranquilízate, George. Mañana iré a echar una ojeada a tu plantación. A tenor de lo que encuentre allí, decidiré si es preciso dar la alarma o no. Por ahora, será mejor que todos bebamos un poco para tranquilizarnos —respondió el veterinario. Y ordenó a McKorney que sirviera una nueva ronda.

Poco después, estaban enzarzados en una ardua polémica sobre el tema de las plagas del campo. Como el tema no me interesaba demasiado, terminé de beber mi cerveza y me despedí.

Fui paseando lentamente hasta la salida del pueblo. La noche, plácida y serena, invitaba a permanecer a! aire libre.

Fumando un cigarrillo sin prisas, me acerqué al chalet de la doctora Henessy. Ante los cinco escalones de acceso al porche, me detuve un momento, vacilante.

¿Le parecería correcta a Val mi rápida visita? En realidad, apenas nos conocíamos. Pensé que ella podía molestarse. ¿Y si estaba casada? Por mi parte, ni siquiera habia tenido la precaución de asegurarme al respecto.

La idea de que Val fuera una mujer casada me resultaba muy desagradable. Pero ¿por qué, si yo apenas acababa de conocerla?

Estaba yo allí, dando rápidas chupadas a mi cigarrillo y carraspeando de cuando en cuando, indeciso, a punto de volver sobre mis pasos, cuando se oyó un leve chirrido y la puerta del porche se abrió.

A contraluz del fuerte chorro de luz que brotaba del ves tíbulo, percibí la airosa silueta de la doctora Henessy.

—¿Eres tú, Clive? —preguntó. Y ascendí los cinco peldaños—. Oí unos pasos, escuché un carraspeo próximo y me asomé a ver quien era... Pero ¿qué esperas para entrar?

Vestía una batita de felpa azul, muy corta, que permitía ver sus bronceados muslos, y a juzgar por la fragancia suave que exhalaba su cuerpo, me pareció que debía estar recién salida del baño.

Entré. Ella cerró la puerta y me guió a través de un largo pasillo espejeante.

Se detuvo en el amplio salón. Mis ojos lo contemplaban todo con afán mal disimulado.

—¿Qué es lo que buscas, exactamente? —me preguntó ella, escrutando fijamente mis facciones—. Parece como si,..

Lo que buscaban mis ojos era algún detalle que delatara la existencia de un hombre. Es decir, del esposo de la doctora Henessy.

Se lo dije finalmente, y ella prorrumpió en una carcajada estentórea. Parecía muy divertida.

—Asi que tu timidez, tu indecisión se debían a tu sospecha de que yo estuviera casada —exclamó, burlona—. Tranquilízate: no hay ningún hombre aquí. En realidad, aún no he tenido tiempo de pensar seriamente en el matrimonio.

Suspiré, complacido, y ella sonrió.

—Supongo que aún no has cenado... Bien, prepararé la cena para los dos en unos pocos minutos. Ven. Cenaremos en la terraza. Aquí dentro hace demasiado calor.

Me guió a través de un corto pasillo hasta la amplia terraza elevada. Inmediatamente aspiré con deleite el aroma fragante de las flores. La terraza estaba cuajada de macetas, primorosamente cuidadas. Un toldo multicolor caía sobre la baranda de hierro pintada de verde.

—Te serviré algo de beber. ¿Martini, cerveza, vino? —dijo.

Tenía sed y elegí cerveza. Me senté en un sillón playero muy cómodo y encendí un nuevo cigarrillo, que fumé ahora con toda la tranquilidad del mundo. Luego ella trajo dos botellas de cerveza y los vasos. Desapareció un momento y volvió con un enorme radio-casstte estereofónico que colocó sobre el alféizar de una ventana próxima. Inmediatamente las notas de jazz, suaves y románticas, se expandieron por el aire.

Val fue a la cocina, una de cuyas puertas se encontraba en el extremo más alejado de la terraza. Yo volví a suspirar, complacido, y bebí un sorbo de cerveza.

Todo era perfecto en aquel momento: la temperatura fresca y el ambiente fragante; la música leve y cadenciosa; la cerveza, deliciosamente fría; suculentas las aceitunas rellenas que Val acababa de poner sobre la mesa dentro de un atractivo tazón de cerámica decorada; los sencillos pero vistosos muebles metálicos distribuidos a lo largo de la terraza; las lindas macetas y jardineras con sus lozanas plantas cuajadas de preciosas flores...

Pero lo mejor de todo era la presencia de Val Henessy, que iba y venia de cuando en cuando de la terraza a la cocina y viceversa. Yo la seguía con la mirada atenta y contemplaba, embelesado, su andar airoso, el leve contoneo de sus redondas caderas y las curvas atractivas de sus carnosas pantorrillas...

Era una mujer intrínsecamente femenina, desde las guedejas rubias que resbalaban sobre su rostro, hasta las menudas uñas de sus pies, que Val había pintado de rojo magenta. En los lóbulos de sus orejas, brillaban las piedras de los pendientes que yo creí formados por diminutos brillantes engarzados. Pero cuando hice un comentario al respecto, ella aclaró con una sonrisa encantadora:

—Simple bisutería. La medicina rural no da para más.

Debía haber puesto carne a asar, porque hasta mi olfato llegó un aroma embriagador. Mientras, Val trajo a la mesa tomates, lechugas, zanahorias y un pepino, que fue cortando en pedazos con gran habilidad sobre un pedazo de madera. Luego colocó los trozos artísticamente en una pieza de cristal *fumé,* añadió sal. aceite, unas gotas de vinagre y el zumo de dos limones. Literalmente, la boca se me hacía agua, cuando ella volvió a la cocina y trajo una botella de vino rosado frío. Habla terminado mi cerveza y Val me sirvió un vaso de vino. Luego trajo de la cocina una fuente rebosante de gruesas chuletas de vaca, asadas entre finas lonchas de tocino de jamón, ya retiradas.

La carne estaba jugosa, suculenta, en su punto. Y así lo dije a Val, que agradeció mis palabras con una sonrisa. Comimos en silencio, saboreando plenamente las viandas, regadas puntual y generosamente con el agradabilísimo vino rosado.

Sonaba la música. Val llevaba el ritmo con un suave movimiento de sus hombros. De cuando en cuando, me dirigia una mirada de aprobación. Dijo:

—Me agradan las personas que demuestran apetito en la mesa.

Y yo:

—¿Quién no se mostraría hambriento ante una comida tan bien hecha como ésta?

Y Val se ruborizó ligeramente, lo cual venia a añadir un nuevo atractivo a sus juveniles facciones, tan frescas y agradables.

Tomamos la ensalada. El vino se había terminado y Val fue a por otra botella.

Yo me sentía ávido por saberlo todo de ella y no me mostré muy discreto a la hora de hacer preguntas. Pero Val no se molestó en absoluto por mi curiosidad y respondió de buen grado a cuanto quise saber de ella.

Su historia era simple y al mismo tiempo entrañable. Había nacido en Los Angeles como consecuencia de la unión de un actor mediocre, Paul Henessy. y la hija de un famoso millonario. Marión Delaware. Paul Henessy se casó por interés. Esto se demostró cuando Alian Delaware se arruinó como consecuencia de una desastrosa inversión financiera: el actor abandonó a Marión, poco después de nacer la pequeña Val.

—Mi madre debia estar muy enamorada de él, pues se suicidó cuando yo apenas tenía tres años. Fui a parar a un centro benéfico. Mi padre acudía a verme, muy de tarde en tarde. Su aliento hedía literalmente a whisky. Siempre. Era un hombre muy atractivo, pero prematuramente envejecido. Sé que entregaba algún dinero para mi en la administración del centro. No grandes cantidades, pero sí lo suficiente como para que me abrieran una libreta de ahorros. Eso es todo lo que tengo que agradecerle: aquel dinero, invertido prudentemente por la administración del centro en que me encontraba, sirvió para sufragar, después, mis estudios universitarios. Luego, mi padre dejó de visitarme cuando yo había cumplido ya los diez años. Preguntaba por él. pero nadie me contestaba. Y yo lloraba a escondidas por su ausencia. Al fin y al cabo, era lo único que tenía. Más o menos, yo sabía que él era un hombre fracasado, un alcohólico sin remedio, pero...

Le brillaban los ojos a Val, aunque hacía esfuerzos por contener las lágrimas.

—No fue la tuya una infancia muy agradable —me atreví a comentar, pues me sentía conmovido.

—No, no fue agradable. Al fin. unos años después, cuando terminé los estudios secundarios e ingresé en Berkeley, supe la verdad: mi padre había muerto años atrás en un accidente de automóvil. Borracho hasta las heces, viajaba hacia México en compañía de una prostituta.

Probó un poco de vino, me miró fugazmente y desvió la mirada.

—Y eso es todo. La soledad me impulsó a estudiar con ahínco. Terminar la carrera fue fácil para mi. Después vine aqui. Deseaba alejarme de la gran ciudad y olvidar que no tenía a nadie. Estuve un par de años en un pueblecillo de Nevada. Habia novecientos ochenta hombres, mineros en su mayoría, por apenas doscientas mujeres —narró—. Muy cerca, se explotaba una mina de uranio. Los mineros ganaban sueldos crecidos y se gastaban el dinero con prodigalidad. Pero bebían hasta caer derrengados y se comportaban como salvajes. Constantemente tenía que rechazar a individuos que se me insinuaban groseramente. Me sentía constantemente en tensión, disgustada y frustrada... Finalmente, me marché, en cuanto llegó otro médico. Vine aquí y los habitantes de Sun Springs me acogieron con afecto. Me siento satisfecha.

Yo la había escuchado con religiosa atención durante todo el

tiempo, hasta el extremo de que no había probado bocado desde que ella se puso a hablar y el vino se había calentado en mi copa.

De pronto, irreflexiblemente, dije aquello:

—¿Sabes una cosa, querida Val? Te amo.

Ella irguió bruscamente la mirada.

—Vamos, vamos —me recriminó—. No seas absurdo, Clive. No hace veinticuatro horas que nos conocemos.

—Pero te amo ya —insistí.

—Eso no es amor —dijo, seria—. Mi historia te ha conmovido, eso es todo. Te lo ruego, no vuelvas a repetirlo.

Alcé mi copa. El vino se habia calentado y ella vio mi gesto. Tomó la botella y me llenó nuevamente la copa.

—Está bien —respondí—. No diré nada. Es decir: tengo que declarar que me siento satisfecho de haberte conocido. Y agradecido por tu hospitalidad. ¿Puedo decir que en ningún otro lugar, en ningún momento de mi vida me sentí mejor?

Una sonrisa cálida distendió sus carnosos labios y sus ojos chispearon.

—¿Estás seguro? ¿No se tratará de una simple muestra de cortesía? —respondió burlona.

Me alcé impetuosamente, decidido a besar sus húmedos labios. Pero algo me lo impidió: el ruido sordo que provenía de arriba, del tejado.

Val enarcó una ceja y giró el cuello.

—¿Llueve? —murmuró. Y se echó a reír—. ¡Quién lo hu biera dicho hace unos momentos...!

Prestamos atención a los sonidos que provenían de arriba: *chop-chop-chop*, resonaban los impactos en la cubierta del chalet, como si gruesos goterones de lluvia se estrellasen contra el terrado.

Val se incorporó y se apoyó en la baranda. Extendió una mano con el dorso hacia arriba y la retiró, asombrada.

—Es extraño. No cae una sola gota de lluvia —dijo.

Yo también me levanté y me aproximé a ella. Val tenía razón: no llovía.

Nos miramos un momento, perplejos.

—¿Entonces...?

Algo que provenía del oscuro exterior pasó sobre nuestras cabezas y fue a estrellarse contra una de las copas, que cayó al suelo y se deshizo en añicos con un sonoro tintineo de vidrios rotos.

Sobre el blanco mantel que Val había colocado en la mesa. se veía una gran mancha verdosa.

—¿Qué fue eso? —indagué, curioso.

En el semblante de Val se reflejaba un rictus de repugnancia.

—Parece un bicho... Un gran bicho verde que acaba de estrellarse contra la mesa —dijo, desconcertada.

Ya me inclinaba sobre la mesa, cuando se produjo aquella increíble lluvia de bichos verdosos.

Ahora caían a centenares, golpeando sordamente el floreado toldo, los cristales de las ventanas, las macetas, los muros... Algunos de ellos incluso se estrellaron contra nosotros dos.

Val exhaló un gritito de miedo y repugnancia y corrió hacia la cocina.

—¡No te quedes ahí! —chilló, desde la puerta—. ¡Ponte a cubierto!

Vacilé un momento, dudando entre recoger apresuradamente los utensilios que había en la mesa. Finalmente, di unas rápidas zancadas y me reuní con Val en la cocina.

La tomé de una mano. Temblaba.

CAPITULO V

La avalancha arreció.

Ahora eran miles de bichos verdes los que se estrellaban contra el terrado, los muros y las ventanas, cuyas persianas de guillotina tuvimos que correr apresuradamente, pues la violencia de los impactos amanazaba romper los cristales.

Muchas de aquellas desconocidas criaturas se habían reventado al chocar contra la cristalera de la cocina y el cristal estaba completamente manchado de aquella asqueante pasta verdosa.

De repente, recordé la conversación escuchada aquella misma tarde en el bar de McKorney. Se lo dije a Val y ésta se mostró interesada.

—Así que una plaga destrozó el maizal de Howell... —murmuró, desconcertada—. En ese caso, deben ser insectos. Grandes insectos muy voraces. Pero... ¿de qué especie?

En el suelo de la cocina aparecían varios de aquellos cuerpos verdes. Los extraños bichos debían poseer escasa consistencia, pues la mayoría habían reventado como frutas maduras al chocar contra los vidrios o al aplastarse contra el suelo. Sin embargo, vi dos o tres ejemplares intactos, aunque debían estar muertos, pues permanecían absolutamente inmóviles.

Tomé un platito y puse uno de los bichos sobre la mesa plegable de la cocina. Lo observé con atención.

Y al cabo dije:

—Yo no entiendo mucho de plagas agrícolas, pero esto parece un pulgón.

Val rió nerviosamente.

—Pero... ¡Clive! ¡El pulgón apenas mide un milímetro de grosor y esta.... esta sabandija tiene el tamaño de una rana! —exclamó.

Tenía razón. Yo jamás había visto un insecto de aquel tamaño. Sus alas, pequeñas y traslúcidas, aparecían arrugadas y pegadas al dorso del abdomen, peludo y brillante. Sin embargo, yo seguía creyendo que se trataba de un pulgón, aunque eso si: un ejemplar de pulgón gigante.

Para salir de dudas, Val fue al salón y volvió con un tomo de su enciclopedia técnica. Buscó la página correspondiente y miramos ávidamente el dibujo —ampliado cien veces— de un ejemplar de pulgón verde.

—Tenía razón, Clive —admitió Val—, El cadáver de este bicho es idéntico al dibujo: cuatro alas, cuerpo ovoide y dos tubillos en la extremidad del abdomen... Pero ¡es imposible! ¡Un pulgón de tamaño tan desmesurado!

—Increíble, sí —dije—, Pero ahi está. Nadie quería creer a Howell esta tarde, cuando se lamentaba de que sus plantaciones habían sido asoladas en una sola noche. Pero aquí tenemos la prueba.

Val se mordió los labios y tragó saliva. Sus facciones se habían torneado pálidas y sus manos temblaban ligeramente.

—Clive, ¿de dónde provendrá esta increíble plaga? —planteó.

Me encogí de hombros.

—¡Quién sabe! —respondí—. Pero no cabe duda de que una bandada de estos bichos podría causar enormes destrozos en los bosques y plantaciones de la región.

Entretanto, los grandes insectos seguían estrellándose contra la casa. Ahora no se trataba de un rumor sordo, como al principio, sino del estrépito impresionante de una tromba de agua o de una tormenta de granizos.

Val me llevó hasta una salita situada en la parte delantera de la casa. Elevó un poco la persiana y miramos con ansiedad a través del cristal, manchado parcialmente de verde.

La mayoría de la luces del alumbrado próximo habían resultado destrozadas por los impactos de los pesados insectos, a pesar de lo cual aún era posible divisar la carretera y la calle de acceso a Sun Springs.

En todo lo que abarcaba la vista, el pavimento de la calzada y las aceras estaban materialmente cubiertas por los cuerpos reventados de los insectos.

A la fuerte luz del poste de alumbrado más próximo, se veía cubierta de la insólita alfombra verde formada por miles y miles de insectos.

—Una experiencia verdaderamente notable —dije al oido de Val—. Si tuviera una cámara fotográfica me pondría a dispararla como un loco. Las fotos supondrían un verdadero documento sobre este hecho inexplicable.

—¡No te burles! —se lamentó ella—. Es... ¡una verdadera catástrofe! ¿Cuántos miles, cuantos millones de esos repugnantes insectos seguirán cayendo sobre Sun Springs?

No supe qué responder.

Por un momento, imaginé que la lluvia de pulgones podía continuar durante horas y horas hasta cubrir materialmente la pequeña localidad de Sun Springs...

—Vienen hacia el pueblo atraídos por la fuerte luz de los postes de alumbrado público —dije de repente, como si acabara de hacer un descubrimiento trascendental.

Y en cierto modo así fue, pues...

Apaguemos todas las luces de la casa —propuse a Val.

Y juntos recorrimos las habitaciones en las que lucía una lámpara.

El efecto fue casi instantáneo. En seguida dejó de percibirse el rumor de los impactos contra el tejado y las paredes.

Sin embargo, fuera seguía la avalancha de los insectos. Asomados a la ventana, vimos cómo se recrudecía la afluencia de los bichos contra la única lámpara de neón que lucía en la calle.

A pesar de que los cuerpos de los gigantescos pulgones carecían de consistencia, pronto pudimos comprobar que la pantalla de aluminio de la lámpara iba abollándose gradual mente como consecuencia de millares y miliares de impactos.

Hasta que de improviso se oyó un leve crujido y la lámpara se apagó.

Quedamos, pues, envueltos en las tinieblas, aunque del centro del pueblo llegaba una tenue luminosidad que se me antojó de color verdoso. No era extraño, pues si las calles estaban cubiertas por los cuerpos de los insectos, la luz, alreflejarse sobre los millares de cadáveres de pulgones, se tornana verde.

Hasta nuestros oidos llegaba un zumbido monocorde, potente, que provenía de las alturas, aumentado con el rumor de los impactos que seguían produciéndose, aunque ahora más lejanos.

—Hemos de hacer algo —dijo Val, agitándose de un respingo— Llamemos a la policía. Tal vez Morrill se haya comunicado con las autoridades del Estado y pueda darnos algunas noticias respecto a esta repugnante plaga.

Fuimos al salón. Val alzó el auricular y marcó un número con ademán nervioso e impaciente.

Aguardó, pero en seguida volvió a marcar. Al final, me miró desalentada:

—¡Es inútil! El teléfono de Morrill comunica constantemente.

Le pedi que marcase el número de mi cuñado y obtuvimos la comunicación en seguida. Val me tendió el auricular y oí la voz excitada de Sam Riverton.

—¡Al fin! ¿Por qué no llamaste antes, Clive? —me reprochó—. Tu hermana y yo estábamos muy preocupados por tu causa, sobre todo después de producirse esta incidencia —y habló unos minutos, lamentándose sobre las consecuencias que la plaga podría tener sobre sus dos mil hectáreas de bosque—. Cuando comenzaron a caer estos bichos, Dorothy llamó por teléfono al bar de McKorney, pero lan le dijo que hacía rato que te marchaste. ¿Dónde estás ahora?

Se lo dije.

—No puedo dejar sola a la doctora Henessy en estas circunstancias —le expliqué—. Así pues, me quedaré con ella hasta que esta avalancha termine. No os preocupéis demasiado por nuestra causa. Estamos perfectamente.

Le pregunté si habia hablado con Morrill. Sam dijo que lo había intentado en tres o cuatro ocasiones, pero no había conseguido la comunicación. Me anunció que llamaría de cuando en cuando a lo largo de la noche y colgó.

—Es natural —dije a Val—. Todo el mundo debe estar alarmado y telefonean constantemente a la policía para obtener alguna noticia tranquilizadora. Volveremos a llamar más tarde.

Val abrió su pequeño bar y sirvió en dos vasos hielo, ginebra y zumo de limón. Encendimos cigarrillos y fumamos y bebimos con ansiedad, mientras seguía sonando aquel monótono zumbido por encima de nuestras cabezas.

Dentro de la casa, la temperatura era elevada; el calor pegajoso me obligaba a transpirar continuamente.

—Es imposible respirar aquí —se lamentó Val—, con todas las puertas y ventanas cerradas herméticamente. ¿Crees que podríamos

abrir esa ventana?

Antes de obtener mi respuesta, se alzó del asiento y abrió un poco la ventana, aunque la persiana seguía corrida.

Al principio, notamos una leve corriente de aire fresco, pero a los pocos minutos la pestilencia que llegaba del exterior nos obligó a cerrar de nuevo.

—¿De dónde llegará ese hedor insoportable? —se lamentó Val.

—Debe ser la masa compuesta por los cadáveres de los pulgones —respondí, preocupado—. La temperatura ha sido muy alta durante todo el dia y aún sigue haciendo calor. Imagino que los cuerpos de los insectos están comenzando a podrirse rápidamente.

—¡Dios mío! —exclamó Val—. ¡Eso podría provocar una peligrosa epidemia!

Yo también pensaba en tal posibilidad. Pero ¿qué podíamos hacer, mientras sobre Sun Springs seguía cayendo una copiosa «lluvia» de gigantescos pulgones?

Dejé mi vaso sobre una mesita de cristal y fui a telefonear de nuevo. Esta vez, la suerte nos acompañó: en seguida pude comunicar con Tom Morrill.

—Soy el doctor Clive Valentine —dije *a.* través del teléfono—. Mi llamada se debe a...

—¡Lo sé, lo sé! —me interrumpió el policía, exasperado—. Probablemente quiere saber a qué se debe esta plaga, de dónde viene, por qué...

—No, no. No me propongo hacer preguntas que usted no sabría contestar, Tom. Sólo quiero hacerle una petición.

—¿Qué petición?

—Que apague todas las luces del alumbrado público y aconseje a los habitantes de Sun Springs que hagan otro tanto en sus casas.

—¿Apagar las luces? La plaga ha destrozado casi todas las lámparas del alumbrado público, aunque todavía lucen algunas. Pero...

—Haga lo que le digo. Los pulgones han caído sobre este pueblo atraídos por la luz. Cuando todo quede a oscuras, los insectos dejarán

de caer sobre Sun Springs —le dije.

Tras unos segundos de pausa, volví a oír la voz de Tom Morrill.

—De acuerdo, doctor Valentine. Vamos a poner en práctica su consejo —respondió.

Colgué y fui a la ventana más próxima. El alumbrado público se extinguió treinta segundos después. Luego, paulatinamente, fueron dejando de lucir también las luces de las casas del pueblo, hasta que finalmente todo quedó a oscuras.

Tres minutos después, el zumbido intenso que provenía de las alturas comenzó a extinguirse hasta cesar por completo: mi idea había resultado acertada.

Val y yo estábamos terminando nuestros combinados, cuando sonó el teléfono. Era Tom Morrill y preguntaba por la doctora Henessy. Debió sentirse un poco sorprendido al escuchar de nuevo mi voz, pero dijo:

—Hay docenas de personas, mujeres sobre todo, que necesitan de los cuidados de ia doctora Henessy, pero, puesto que usted está con ella, no nos vendria mal su ayuda, doctor Valentine.

—De acúerdo, la acompañaré. ¿Algún caso grave? —pregunté.

—No, no. Ataques de nervios, desmayos y cosas así. Escuche, doctor: enviaré a Dick Elkins con un jeep, que les recogerá a los dos dentro de unos minutos, ¿conformes?

—De acuerdo —dije.

Val fue a por su maletín, recogió varias cajas de inyectables y comprimidos sedantes y aguardamos al ayudante de Morrill.

Vimos unos faros a través de la ventana y salimos de la casa. Inmediatamente percibimos aquel hedor característico que no habríamos de olvidar en muchos años, pues nos persiguió durante toda la noche e incluso la mañana del día siguiente.

Val se había puesto unas botitas rojas de caucho, y llevaba una linterna en la mano. En cuanto Elkins nos vio, apagó la luz de los faros. Evitando pisar los blandos cuerpos que alfombraban el pavimento, caminamos unos pasos y subimos al jeep.

—¡Maldita plaga! —rezongó Dick en cuanto hubimos subido.

Pero comprobamos con sendos suspiros de satisfacción que la oscuridad era nuestra aliada: había cesado por completo el zumbido de los pulgones y los insectos no caían ya.

De todas formas, fue muy desagradable escuchar el rumor que producían los neumáticos del jeep al aplastar millares de aquellos cuerpos verdosos.

Nuestra primera visita fue para la propia esposa de Dick Elkins, que sufría un aparatoso ataque de nervios, rodeada por sus tres hijos de corta edad, los cuales se aferraban a las faldas de su madre y sollozaban con gemidos sincopados.

Val inyectó rápidamente un sedante a la señora Elkins. Además, nuestra presencia sirvió para tranquilizar a los chicos, a los que acostamos con ayuda de Elkins, después de hacerles tragar comprimidos tranquilizantes con un poco de leche.

Durante el resto de la noche, Val y yo fuimos de un domicilio a otro, repartiendo remedios y frases de serenidad y consuelo.

Viajábamos en el jeep a todas partes, aunque las distancias —lógicamente— eran muy cortas entre visita y visita. Dentro del vehículo, íbamos con los cristales alzados, pues la pestilencia que reinaba en las calles de Sun Springs era insoportable. Cuando nos veíamos obligados a descender del jeep, nos tapábamos boca y nariz con los pañuelos, a pesar de lo cual el repugnante olor seguía acompañándonos a todas partes.

Finalmente, ya cerca del amanecer, recalamos en la oficina de Tom Morrill. Había allí una veintena de ciudadanos, reunidos a toda prisa por el policía. Entre ellos, además del alcalde, el menudo Harry Polks, estaban el reverendo John Higgins y mi cuñado, Sam Riverton.

Se trataba de llegar a una decisión respecto a solucionar el problema que nos atosigaba: los millares y millares de insectos muertos que infestaban el pueblo. Acordamos que lo más importante eran las medidas sanitarias.

El camión de bomberos fumigaría todo el perímetro urbano con una solución de desinfectantes inoloros.

Por su parte, mi cuñado ofreció sus máquinas con el fin de que los insectos fueran recogidos antes de salir el sol y transportados a las

afueras, donde serían regados con gasolina e incinerados.

Tom Morrill nos anunció que había conseguido comunicación telefónica con el gobernador del Estado En Salem tomaron a broma la información de Morrill y éste hubo de insistir una y otra vez hasta convencer al gobernador de las dimensiones reales del desastre.

—El gobernador en persona me ha prometido enviar a primera hora dos helicópteros con personal especializado en plagas y productos químicos para combatirlas. Los vehículos del parque de bomberos de Klamath Falls vendrán a ayudarnos con sus vehículos. Además el gobernador enviará un inspector veterinario. Me ha recomendado que recojamos algunas muestras de esos insectos, que habrá que conservar al frío —explicó.

Al venir el sol del nuevo día, nuestro camión de bomberos había fumigado todas las casas y calles de Sun Springs y los vehículos de mí cuñado comenzaban a recoger la carroña verde que ensuciaba todo el pueblo.

Más tarde llegaron los vehículos del parque de bomberos de Klamath Falls. El jefe, Jerry McJolly, repartió centenares de caretas de gas entre los ciudadanos, pues en cuanto el sol bañó las calles de Sun Springs el aire se tornó irrespirable.

Todos colaboraron en aquellas faenas de limpieza sin descanso, incluidos los jóvenes de ambos sexos. Eran ellos los que subían a los tejados y, provistos de escobas, limpiaban las cubiertas, terrazas, tejados y patios.

Enormes montones de insectos a medio corromper eran recogidos por tractores provistos de palas mecánicas y cargados en los camiones basculantes que se apresuraban a sacar del pueblo la maloliente carroña.

Se trabajó apenas sin descanso hasta el mediodía. A esa hora. Sun Springs había quedado limpio de la plaga, a pesar de lo cual —y de las sucesivas fumigaciones con productos desinfectantes— aquel hedor intenso seguía flotando en el ambiente y martirizando nuestro olfato.

Muy cerca de las dos de la tarde, Morrill decidió que había llegado la hora de que cada cual volviera a su casa para reparar fuerzas y descansar.

Yo tomé a Val por un brazo y lentamente fuimos caminando bajo el

fuerte sol hasta su casa.

Ya en la puerta, la besé suavemente en la mejilla y le dije al oído:

—Descansa tranquila. Lo peor ya ha pasado.

—Eso espero —respondió. Y sus labios se fruncieron en un gesto rebelde—. Lo que más siento es que nuestra velada tuviera un final tan poco... romántico.

Sonreí afectuosamente.

—No desesperes —dije animosamente—. Aún disponemos de tiempo suficiente para celebrar docenas de encantadoras veladas.

Ella me besó a su vez fugazmente junto a la oreja y entró en su casa.

Yo encendí un cigarrillo para aliviar la pestilencia que brotaba de todas partes y sin separar el cigarrillo de los labios, volvi al hogar de los Riverton.

Sam se estaba duchando y Billy, impenetrable, permanecía inclinado sobre su plato. Disimuladamente, Dorothy me arrastró hasta la cocina. Y cuando estuvimos allí, susurró a mi oído:

—No he querido decir nada de ello a Sam, pero he comprobado que Billy pasó la noche fuera de casa. Lo sé porque lo vi regresar de madrugada y meterse subrepticiamente en su dormitorio, después de penetrar en la casa a través del corral. Le hice algunas preguntas al respecto, pero Billy se negó a responder. Ya puedes imaginarte la preocupación que su con ducta me produce, Clive.

Pero yo me sentía exhausto, ansioso por dejarme caer y dormir pesadamente durante muchas horas. Comprendiéndolo así Dorothy me hizo beber un vaso de caldo. En seguida subí a mi habitación, me desnudé, tomé una rápida ducha y me acosté.

No creo que transcurriese ni un solo minuto antes de que el sueño me rindiera sin condiciones.

CAPITULO VI

—¿No te importa que eche una ojeada a tus libros, tio Clive?

Distraído, me volví.

Billy contemplaba con ansiedad los libros que yo había traído de Nueva York. Por una vez, parecía profundamente interesado por algo concreto.

—Por supuesto que no. Puedes quedártelos. Creo que yo los he leído todos —respondí.

Fue evidente la avidez con que tomó aquellos libros. Murmuró un rápido «gracias, tio Clive» y se escurrió escaleras arriba hacia su dormitorio.

Sam estaba durmiendo la siesta y mi hermana, como de costumbre, trajinaba en la cocina.

Por mi parte, decidí permanecer en el fresco salón dividiendo mi atención entre la pantalla del televisor, el periódico, el cigarrillo y un vaso de whisky con hielo.

Habían transcurrido cuatro días desde que Sun Springs fuera atacado por la plaga de los pulgones gigantes, cuya procedencia aún seguíamos ignorando.

Al día siguiente, llegó Clifford Green, el inspector fitosanitario enviado por el gobernador. Green se entrevistó con el alcalde, con Tom Morrill y la doctora Henessy. Fue ésta la que le entregó las muestras de insectos que habían sido conservados en un congelador.

Cuando el enviado del gobernador hubo examinado aquellos especímenes, apenas acertó a pronunciar, asombrado:

—¡Inconcebible, verdaderamente inconcebible!

Durante dos días, Clifford Morris y los expertos en Fitosanidad enviados desde Salem dirigieron una campa de fumigación de los bosques y terrenos próximos a Sun Springs. Llegaron varios aviones desde Klamath Falls y desde las alturas vertieron toneladas y toneladas de insecticidas.

Green, a bordo de un helicóptero. recorrió incansablemente miles de hectáreas de terreno con la esperanza de ver surgir de las praderas una bandada de aquellos monstruosos insectos. En cuanto a esto, todos sus esfuerzos resultaron inútiles, pues los pulgones no volvieron a aparecer.

Al fin, todos se marcharon. Clifford Green prometió a las autoridades locales enviarles un memorándum con los resultados de

los análisis que se llevarían a cabo en la capital.

En cuanto a los habitantes de Sun Springs. sólo deseaban una cosa: olvidar los acontecimientos de aquella penosa noche.

Por mi parte, atraído completamente por Val Henessy, debo confesar que había postergado en cierto modo el principal motivo de mi visita a Sun Springs: mi sobrino Billy Riverton.

Pero esa tarde, habíamos quedado en gozar juntos de una partida de pesca en las orillas del Casson River. Así pues, descansé plácidamente frente al televisor hasta las cinco de la tarde, hora en la que decidí subir a avisar a mi sobrino.

Caminaba a lo largo del pasillo, cuando me detuve al escuchar aquellas estentóreas carcajadas.

Al principio, sospeché que se trataba de mi cuñado, pero eché una ojeada a su alcoba y comprobé que Sam dormía profundamente, exhalando sonoros ronquidos.

Nuevamente resonó una risotada cuando volví al pasillo. Avancé de puntillas y me detuve junto a la puerta del dormitorio de mi sobrino. Presté atención y comprendí que era del interior de aquella habitación de donde brotaban las carcajadas.

La curiosidad me impulsó a hacer algo que jamás hubiera hecho en otras circunstancias: me incliné e intenté mirar a través del ojo de la cerradura, que era de un modelo anticuado.

Vi a Billy recostado sobre su cama. Había doblado la almohada y, sentado sobre el lecho, tenía uno de mis libros entre las manos. En su rostro se dibujaba una extraña expresión, mitad divertida, mitad despectiva.

El libro que estaba leyendo era *Mensajes de otros mundos.* Yo habia leído aquel libro con profundo interés, pero no pude encontrar en él nada que invitase a la sonrisa, cuanto menos a la carcajada. El autor del libro barajaba una serie de atractivas hipótesis sobre la posibilidad de enviar y recibir mensajes entre seres racionales de distintas galaxias.

Así pues, me chocaron terriblemente las irónicas carcajadas de Billy, que se producían intermitentemente a medida que pasaba las páginas del libro.

¿Se trataba definitivamente de un lamentable desequilibrio psíquico? Si era así, mi deber era alertar a sus padres y asesorarles sobre el tratamiento a seguir.

Estuve observando a Billy durante varios minutos. Al cabo, me cansé de fisgar y aprovechando que sus risas habían cesado momentáneamente, golpeé discretamente la puerta con el puño.

Se oyó el leve crujido de los muelles de su cama y los pasos hasta la puerta, que abrió en seguida. Un gesto de contrariedad pasó fugazmente por sus juveniles facciones.

—Vamos, Billy. Es hora de que vayamos a despertar a los peces del Casson River —le animé.

Asintió. Aunque fuera a regañadientes, Billy estaba dispuesto a cumplir con su compromiso de venir a pescar conmigo.

Mientras introducía sus descalzos pies en unas zapatillas, mantenía el libro entreabierto al alcance de tus ojos.

—¿Qué te parece? —comenté como el azar—. ¿Es interesante el libro que estás leyendo, Billy?

Me miró, un poco distraído.

—El autor es un hombre muy imaginativo, pero sus teorías son totalmente erróneas —respondió con todo el aplomo del mundo.

Me dejó sin habla, lo confieso.

¿Cómo podía expresarse con tal seguridad un colegial de apenas trece años que, para unas teorías que sólo podrían demostrarse erróneas o exactas cuando, mucho tiempo después, el hombre dominase plenamente el espacio exterior?

Mientras me hacia estas preguntas, Billy había terminado de vestirse y abandonaba el dormitorio.

—¿Vamos, tío Clive? —dijo.

Descendí lentamente en pos de Billy. Dorothy nos estaba esperando en la cocina con una bolsa llena de bocadillos y otra en la que había un termo lleno de agua fría.

—No os demoréis mucho en el río —nos aconsejó—. Siempre me preocupo más de la cuenta cuando salís de excursión.

Salimos al patio, en uno de cuyos graneros estaba la cuadra. Los Riverton tenían dos caballos: el viejo y pacífico «Mustang», que había cumplido ya dieciocho años, y «Genevieve», la yegua que Sam le había comprado a Billy cuando mi sobrino cumplió los diez años.

A pesar de que «Genevieve» era su preferida, Billy profesaba un gran cariño al veterano «Mustang», razón por la que su padre conservaba aún aquel caballo.

En unos pocos minutos, ensillamos a los animales, recogimos los sombreros y las cañas y abandonamos la casa por la puerta posterior.

Billy cabalgaba airosamente a «Genevieve» y yo le seguía a lomos de «Mustang», que avanzaba con paso firme y reposado que no hubiera alterado ni ante la amenaza de un terremoto.

Cabalgamos algo más de un kilómetro cerca de la carretera y finalmente nos desviamos a la izquierda para alcanzar la suave vaguada que nos llevaría hasta el Casson River. Pronto nos envolvió el silencio del bosque y pudimos cabalgar a la sombra de las espesas frondas de las coníferas.

Mientras avanzábamos cuesta abajo, llegué a la conclusión de que el cambio de carácter de mi sobrino era evidente. En otras ocasiones y aquellas mismas circunstancias, Billy me habría desafiado alegremente a una carrera hasta el río, y se hubiera burlado desenfadadamente ante mis esfuerzos por hacer cabalgar a mi impasible «Mustang». Ahora, por el contrario, Billy cabalgaba unos metros adelantado, silencioso, hosco, ensimismado.

Durante el camino, me esforcé en varias ocasiones en iniciar una conversación, pero Billy contestaba con monosílabos y finalmente desistí.

Sin embargo, no pude evitar hacerme algunas preguntas. ¿Qué o quién había provocado aquel diametral cambio en la conducta de mi sobrino? Un alegre, chispeante y revoltoso rapaz lleno de imaginación se había convertido en unos pocos meses en un casi adolescente silencioso, hermético, introvertido e incluso hosco. En definitiva: Billy no parecia la misma persona que se despidiera de mí con lágrimas en los ojos dos años atrás.

Según mi hermana Dorothy, su cambio se debía a la frustración que para Billy había supuesto el hecho de que sus amigos se burlasen de él, cuando en aquella ocasión regresara del lago Shapahoni y contara a sus camaradas su increíble encuentro con el ovni surgido de las

profundas aguas del lago.

Dorothy pensaba que Billy, un chico dotado de fantástica imaginación, había sufrido una alucinación a orillas del Shapahoni Lake. Es decir, Billy *había creído ver* un verdadero ovni, una astronave alienígena. El efecto de la alucinación debía haber sido *tan real,* que Billy ni siquiera dudó un momento en relatar lo que había *visto* a sus amigos.

De repente, y mientras cabalgaba en pos de mi sobrino al borde del bosque, me sorprendí a mí mismo pensando:

«¿Y si no hubiera sido una alucinación? ¿Y si Billy hubiera contemplado *realmente* el ovni?»

Pero un momento después me burlaba de mí mismo, sopesando tan disparatada posibilidad. ¡Un ovni en el lago Shapahoni! ¡Tonterías!

El bosque terminó bruscamente a mitad de la ladera, allá donde comenzaban las verdes praderas y las plantaciones de maíz y de alfalfa. Billy se había adelantado más de cincuenta metros y taloneé a «Mustang», el cual avivó un poco su cansino paso.

Cagalgamos durante largo rato a cierta distancia del río y hacia las seis llegamos a nuestro rincón preferido: un lugar donde el río formaba una ancha curva a la derecha. La corriente se remansaba en aquella zona de aguas transparentes, los arbustos eran boscosos y nos ofrecían generosa sombra; unos peñascos redondeados, situados en la orilla, nos permitían ocupar una posición cómoda y placentera, desde la que se divisaba una gran extensión del río.

Desmontamos en silencio. Billy ató a «Genevieve» a unos arbustos, pues la yegua era muy revoltosa y se hubiera alejado. pero yo dejé a «Mustang» suelto y a su aire, después de despojarle de la silla. Estaba seguro de que «Mustang» se entretendría en ramonear los tallos más verdes y jugosos, sin apartarse de nosotros más de veinte pasos.

Saqué los cigarrillos y el mechero y encendí un pitillo, mientras Billy armaba pacientemente nuestras cañas de pescar y seleccionaba los señuelos, las boyas y los anzuelos.

De vez en cuando, mi sobrino se quedaba abstraído en la contemplación de la serena superficie del río.

Para distraerle, dije:

—Hagamos una apuesta, Billy. Ganará el que saque el pez más grande del río. Si me ganas, iremos a Dalles y podrás escoger la moto que prefieras.

Hubo un leve destello en sus ojos, pero aquel fulgor de ilusión se apagó en seguida. Al cabo, se encogió de hombros y respondió con indiferencia:

—Como quieras.

Sin darme por vencido en mi interés por animar a Billy, tomé una caña, coloqué el cebo artificial, sopesé los plomos y finalmente lancé con fuerza a unos treinta metros de distancia.

Billy hizo otro tanto. Manejaba los aparejos con la destreza propia del muchacho que practica la pesca desde la infancia.

—Tu madre dará grititos de alborozo cuando le llevemos el pez más grande jamás pescado en el Casson —bromeé, mirando a mi sobrino. Pero él se limitó a asentir sin demostrar el menor interés.

Era el mejor momento para la pesca en el río. Por la tarde, en el espacio que media entre el instante en que el calor de la canícula empieza a ceder y las primeras sombras del anochecer. A esa hora, rara era la ocasión en que no habíamos vuelto a Sun Springs con pesca abundante.

Transcurrió más de media hora. Los malditos peces del Casson no picaban, no siquiera rozaban el anzuelo con sus plateados lomos. Renegando, encendí el segundo cigarrillo y también entre reniego y reniego, cambié el señuelo por otro que me pareció más apropiado. Pero ni por ésas. Las aguas permanecían tranquilas y ni una leve onda alteraba la superficie del río. Los peces —si los había— habrían optado por alejarse hacia confines menos peligrosos para ellos.

Recogía y lanzaba una y otra vez hacia aquí y hacia allá, pero la boya no acusaba el más leve tirón.

Viendo mis esfuerzos por obtener alguna presa, Billy giró el cuello hacia mí y dijo:

—Si quieres ganar la apuesta, lanza el anzuelo hacia la roca donde crece el bayón. Acabo de ver un pez enorme... ¡así! —y señaló con sus manos extendidas un colosal pez de más de metro y medio.

Naturalmente, exageraba. Y por otra parte, ¿cómo había podido ver

el pez? Yo habia permanecido vigilante y atento, escudriñando sin cesar la superficie del río, con la esperanza de captar algún vestigio esperanzador, pero no había visto nada.

De todas formas, decidí seguir su consejo. Puesto en pie, recogí todo el seda! en el carrete y luego lancé con todas mis fuerzas hacia el lugar indicado por Billy: una piedra negruzca y redondeada que surgía de las aguas a unos quince metros de la otra orilla. Un gran peñasco rodeado de espesa vegetación acuática.

En los primeros instantes nada ocurrió. Luego me volvi y vi a «Genevieve» que daba tirones de las riendas intentando soltarse, mientras «Mustang», muy cerca de la orilla, pastaba calmosamente, dirigiéndonos de cuando en cuando una serena e inteligente mirada.

Fue en aquel momento cuando se produjo el tremendo tirón. Tan violento que perdí el equilibrio y fui a caer al agua.

Malhumorado, chapoteé, maldije, me incorporé, traté de sujetar el mango de la caña de pescar, volví a caer y fui arrastrado varios metros aguas adentro hasta que logré afirmarme sobre el lecho de río, barbotando imprecaciones sin cesar.

A todo esto, mi presa daba tan fuertes tirones que me arrastraba materialmente en pos de ella, por lo que me vi forzado a soltar sedal y retrocedí hasta la orilla chorreando agua.

Desde allí, miré a mi sobrino con los ojos centelleantes de satisfacción.

—¿Sabes. Billy? ¡Tenías razón! Este debe ser un ejemplar récord. No voy a decir que sea tan grande como tú aseguraste, pero debe tratarse de un buen ejemplar… ¡Mira, mira como tira el condenado! —chillé, dominado por la excitación.

Intenté recoger unos metros de sedal, pero el resistente hilo de nylon se tensó tanto que comprendí que iba a romperse si yo no aflojaba. Así que liberé el carrete, que comenzó a girar como loco.

En otros tiempos, Billy hubiera brincado, palmoteado y chillado de lo lindo, pero ahora se limitaba a seguir mis movimientos con atención cortés.

—Pero ¿qué te pasa? —le grité—. ¡Baja de ahí, échame una mano!

Obedeció, pero lo hizo de mala gana. Descendió, avanzó un par de

pasos en el agua, con precaución, y me ayudó a sostener la caña.

A pesar de ello, en cuanto intenté bloquear el carrete, el tirón fue tan bestial que nos arrastró a ambos un par de metros aguas adentro. De reojo, vi que «Mustang» había interrumpido su rítmico triscar y nos miraba a ambos con solemne atención.

Súbitamente, ¡zas!, el sedal se rompió y Billy y yo caímos de espaldas y chapoteamos torpemente sobre la grava limosa del fondo del río.

Chorreando, salimos a la orilla. Miré con tristeza mi caña y recogí lentamente el extremo del sedal.

—¡Maldita sea! —gruñí destempladamente—. Estoy seguro de que se trata de un ejemplar único, probablemente el lucio más grande que nadie haya visto en Sun Springs y los pueblos de la comarca. ¡Y lo he perdido...!

Billy no hizo ningún comentario. Yo le miré un momento, fijamente.

«Así que, a fin de cuentas, él tenía razón —pensé—. Dijo que había visto un pez enorme al pie del peñasco gris y así era en efecto.»

No me desanimé. Aunque probablemente aquel pez descomunal no volvería a picar jamás mi anzuelo, habría otros en el río. Y de ninguna forma pensaba volver de vacío a Sun Springs.

El lucio fugitivo se había llevado uno de los mejores anzuelos y unos cuarenta metros de sedal, pero en mi carrete quedaban aún unos doscientos metros de resistente hilo, por lo que decidí intentarlo nuevamente. Seleccioné anzuelo y cebo artificial, los armé y volví a lanzar, precisamente a escasa distancia de la roca gris que emergía del agua en las proximidades de la orilla contraria.

Vigilé con atención aquel paraje, sin separar mi mirada de la boya que flotaba inmóvil a poco más de dos metros del peñasco.

Y fue entonces cuando escuché el estridente relincho de

«Mustang».

El viejo caballo había penetrado unos metros en el río para abrevarse, según supuse. El agua le acariciaba la panza...

Cuando le miré, «Mustang» se había alzado de manos con los belfos chorreando... sangre.

En el primer momento imaginé que se había herido accidentalmente con algún hierro o cristal arrojado al río.

De improviso, «Mustang» cayó aparatosamente de costado como si una fuerza descomunal tirase de él asiéndole por los corvejones de las patas traseras. Y luego vi saltar sobre las aguas un cuerpo plateado de algo más de dos metros de longitud.

Quedé petrificado de asombro, de ira y de miedo. Porque lo que acababa de ver era un pez monstruoso, quimérico, de proporciones tan exageradas que resultaba increíble en las aguas de un río tan tranquilo como el Casson.

Pero no era sólo aquel monstruo. El agua se cubría rápidamente de un color rojo brillante y otros peces, tan enormes como el que yo había visto saltar fuera del agua, acudían con la rapidez del rayo al lugar donde se debatía el viejo caballo.

Todavía oí sus relinchos de espanto una o dos veces. Luego los monstruos del río le arrastraron hacia aguas más profundas, mientras «Mustang» se debatía frenéticamente entre sus fauces en un desesperado e inútil esfuerzo por volver a la orilla.

Hipnotizado, contemplé las aguas espumeantes teñidas del color de la sangre, Los lomos de metal bruñido de las bestias del río, sus fauces voraces erizadas de afilados dientes...

En aquel momento, recordé que llevaba en el bolsillo el revólver que siempre me acompaña cuando salgo al campo. Retrocedí, lo busqué torpemente en los bolsillos de mi cazadora y lo empuñé con decisión.

Disparé una y otra vez, enloquecido, contra las siluetas fusiformes que se agitaban violentamente alrededor del cuerpo de «Mustang».

Cuando reaccioné, sólo quedaba una bala en el tambor del arma. En aquei momento, la cabeza de «Mustang» emergió en el torbellino rojizo de las aguas del Casson. Apunté cuidadosamente, afiancé mi muñeca derecha con la mano izquierda, contuve el aliento y disparé.

«Mustang» se hundió fulminantemente. Y ya no volvió a emerger.

CAPITULO VII

—¡Inaudito! —exclamó Val Henessy.

Su reacción era semejante a la de Tom Morrill, Harry Polks o incluso mi cuñado, Sam Riverton. Cuando le narré el incidente del rio, con la desaparición de «Mustang», todos habían reaccionado de forma parecida: increíble, inconcebible, inaudito.

Pero yo tenía un testigo: mi sobrino Billy. Interrogado por Tom Morrill, Billy ratificó mi declaración.

Confieso aquí que al principio estuve tentado de callar. Suponía razonablémente que nadie iba a creer que en el Casson existiesen temibles peces carniceros de más de dos metros de longitud. Pero durante el camino de vuelta reflexioné y decidí dar cuenta del suceso a las autoridades y a las personas más representativas de Sun Springs.

Tenía que hacerlo, porque el río Casson se había convertido en un peligro de muerte para cualquier persona o animal que se acercase a sus márgenes. De todas formas, me bastaba recordar que los chicos solían bañarse en sus remansos durante las largas jornadas estivales, para decidirse a contar lo que Billy y yo habíamos visto.

Los primeros que oyeron mi historia fueron Tom Morrill y su ayudante, Dick Elkins. Cuando hablé de los gigantescos peces que habían devorado a «Mustang», los dos policías me miraron con desconfianza.

—No he probado una sola gota de alcohol —me apresuré a puntualizar, porque estaba seguro de que ambos sospechaban lo mismo: que yo me encontraba bajo los efectos de una monumental curda.

Tuve que insistir mucho antes de convencerles. Al fin y al cabo, en Sun Springs yo era un hombre prestigioso, digno de crédito.

—Parece una pesadilla —dijo Morrill, estupefacto—. Pero puesto que usted jura que el caballo fue arrastrado y devorado por esos enormes peces, informaré al alcalde. Probablemente, mañana haremos una excursión al río para com probar que usted y el chico no han sufrido una alucinación.

Cuando abandoné la oficina de Morrill, me sentía tan inquieto que no dudé un momento en visitar a Val Henessy, a la que conté en seguida nuestra peripecia en el río.

Val, asombrada, se hizo repetir la historia dos o tres veces. Y luego

resumió su perplejidad con una sola palabra:

—¡Inaudito!

Trajo dos botellas de cerveza casi helada y ambos bebimos en silencio, intercambiando de vez en cuando una mirada de excitación.

Luego ella dijo:

—Clive, me temo que en los alrededores de Sun Springs se están produciendo demasiados sucesos extraordinarios.

Asentí.

—Eso mismo pienso yo. Lo de la plaga, como un hecho aislado, podría tomarse como un fenómeno de la naturaleza, un hecho insólito, pero quizá explicable. Pero son tantas incidencias anómalas las que vienen ocurriendo...

—Tienes razón —afirmó, nerviosa—. Hace menos de un mes, desaparecieron misteriosamente varias docenas de caballos y vacas, hasta el punto de que se llegó a pensar en una banda de cuatreros. Pero los cuatreros no fueron hallados, a pesar de las pesquisas de nuestros policías. Ahora... me pregunto si esas reses desaparecidas no fueron a parar a los estómagos de esos monstruos del Casson River.

—Probablemente —estuve de acuerdo.

Val bebió medio vaso de cerveza con gran avidez.

—Y luego tenemos el caso de la descomunal serpiente que los Hubbard mataron y quemaron, después de que el reptil destrozara uno de sus novillos —añadió.

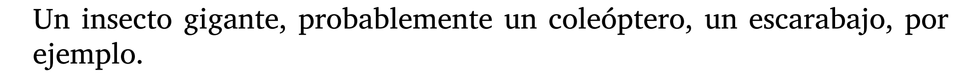
—Y, por supuesto, el extraño animal volador que chocó contra el autobús de McKue cuando el vehículo se disponía a atravesar el puente sobre el río Casson —añadí.

Val dio varias chupadas seguidas a su cigarrillo.

—He meditado sobre ese incidente, Clive. Y he llegado a una conclusión.

—¿Cuál?

—Creo que el animal que destrozó el parabrisas del autobús de McKue y estuvo a punto de provocar una catástrofe era... un insecto.



Un insecto gigante, probablemente un coleóptero, un escarabajo, por ejemplo.

—Pero…

—Recuerdo los residuos que fueron hallados dentro del vehículo: fragmentos de placas córneas, de queratina… como los élitros de un coleóptero —argüyó.

Me removí inquieto sobre mi asiento.

—Si eso fuera cierto, ¿de dónde proviene esa generación de monstruosas criaturas? —inquirí.

Pero Val se encogió de hombros. Luego se incorporó y fue a la cocina de donde regresó con más cerveza.

Hasta entonces, yo no había dicho una palabra a la doctora Henessy respecto a la insólita conducta de Billy. A pesar de que me sentía instintivamente inclinado a confiar en ella, había guardado aquel secreto para mí, puesto que los Riverton preferían no airear demasiado aquel asunto que tantas preocupaciones les había venido causando.

Pero ahora, de repente, sentí la necesidad de sincerarme con Val. Asi que le conté detalladamente todo lo concernien te al cambio de conducta de Billy, sus frecuentes desapariciones, sus actitudes insólitas y su apatía actual.

Cuando terminé de hablar, Val me miró fijamente.

—Luego tu hermaná tenía razón cuando vino a consultarme. Ahora comprendo que cometí el error de atribuir el cambio de carácter de Billy a los naturales fenómenos del desarrollo —pronunció, pesarosa.

—Y yo hubiera pensado otro tanto… si Dorothy y Sam no me hubieran puesto al corriente de todo cuanto ahora sabes —respondí.

Callamos. Luego Val dijo:

—Es curioso.

—¿Qué?

—Según dices, Billy tenía la manía de recoger bichitos de todas las especies.

—Eso fue lo que me contó Dorothy.

—Y Billy dijo que recogía esos especímenes por encargo de un desconocido al que él llamaba el Sabio.

—Sí.

—¿No ves la relación, Clive? Se me ocurre una fantástica hipótesis, que ni siquiera me atrevo a expresar con palabras.

—Exprésala —le insté, curioso.

—Imaginemos que un loco científico estuviera realizando peligrosos experimentos genéticos con algunas especies de animales —explicó, con un brillo de excitación en sus bellos ojos azules—. Supongamos que mediante esos manejos obtuviera insectos de gran tamaño, peces descomunales e incluso monstruosas serpientes como la que abatieron a tiros los Hubbard...

—Pero, Val, ¡eso es una locura! —exclamé.

—¿Por qué?

—Nadie puede alterar las leyes de la Naturaleza a su capricho —opuse.

—¿Quién dice eso? Los japoneses pueden reducir a su mínima expresión los árboles frutales, e incluso han llevado a cabo determinados experimentos con animales, alcanzando el éxito.

—Bien. Pero de ahí a obtener una verdadera generación de monstruos...

—Como psiquíatra, tú conoces los recovecos de la mente humana, Clive. Y un cerebro enfermo es capaz de engendrar monstruos... Pero no me creas, si tu profesionalidad se resiste a aceptar esa teoría. ¿Sabes qué es lo que pienso ahora, Clive?

—¿Qué?

—Sospecho que Billy Riverton tiene algo que ver en todo esto. Un desconocido, el Sabio, le ordenó recoger bichitos de todas las especies posibles... Eso supone una pista segura. Haz una cosa: vigila a tu sobrino, síguele cuando abandone su casa, el pueblo... Procura que no te vea, pero ve tras sus huellas. Algo me dice que así podrás llegar al fondo de la verdad —insistió tenazmente.

—Tal vez tengas razón —acepté—. Voy a ocuparme seriamente del muchacho. Haré lo que tú dices, aunque por nada del mundo desearía traumatizarle aún más.

—No le dañarás en absoluto si te mueves con cautela.

Haz la prueba, Clive —me encareció, visiblemente alterada.

Nos despedimos poco después. Volví lentamente a casa, fumando sin prisas un cigarrillo. De vez en cuando, dirigía una mirada desconfiada a las alturas. Pero la noche era clara y serena y nada de amenazador había en los guiños caprichosos de las estrellas.

En casa, estaban esperándome para cenar. Como siempre, Billy permanecía sentado a la mesa, silencioso e impasible. Su padre le dirigía miradas de reojo, entre ceñudo y preocupado, y mi hermana le miraba con cariño e inquietud.

La cena fue muy rápida. Cuando terminó, Billy murmuró un apenas audible «buenas noches» y se escapó escaleras arriba.

Yo le seguí de inmediato. Temía que Billy se escapara por la ventana en una de sus inexplicables desapariciones, pero atisbé a través del ojo de su cerradura y me tranquilicé al verle tumbado en la cama. Tenía uno de mis libros en la mano y leía con profunda concentración. La ventana estaba entreabierta y una pequeña lámpara reflector, sujeta a la cabecera de la cama, arrojaba su luz sobre el libro entreabierto.

Retrocedí silenciosamente y penetré en mi habitación.

Después de la cena, yo había bebido apresuradamente un gran vaso de café negro con hielo, pues pensaba permanecer despierto toda la noche. Si mi sobrino decidía hacer una excursión nocturna, yo estaba preparado para salir en pos de él, pues me sentía ansioso por averiguar si Billy se reunía con alguna persona en secreto.

Me acomodé en mi mecedora al pie de la ventana y encendí un cigarrillo. Desde mi puesto de observación, divisaba perfectamente la ventana de Billy. A través de los visillos se cernía la luz amarillenta de su reflector.

Transcurrieron lentamente las horas. Yo fumaba un cigarrillo tras otro, incansablemente, aunque mi boca estaba desagradablemente pastosa y mi garganta seca y escocida. Pero era mi único recurso para mantenerme despierto y atento, pues a pesar del gran vaso de café

puro ingerido tras la cena, comencé a bostezar aparatosamente.

A las cuatro de la madrugada, se apagó súbitamente la luz del dormitorio de Billy. A partir de ese momento, permanecí aún más atento, si cabe.

Incorporado sobre el alféizar de la ventana, vigilaba la del dormitorio de mi sobrino. Por fortuna, la noche era muy clara. Mis ojos, acostumbrados ya a la penumbra, distinguían perfectamente el rectángulo de su ventana.

Sin embargo, no se produjo el menor movimiento sospechoso. El silencio dentro de la casa era absoluto, de forma que incluso podía escuchar en la oscuridad el acompasado ritmo de mi corazón.

De madrugada, comenzó a refrescar y hube de echarme por encima de los hombros una chaqueta.

Bostezaba ya ininterrumpidamente y ansiaba con toda mi alma dejarme caer sobre la cama y descansar.

Pero no abandoné mi puesto de vigilancia hasta que el firmamento se tiñó con el resplandor rosado del amanecer.

Entonces si. Cerré la ventana, arrojé la chaqueta de cualquier forma sobre una silla y me dejé caer pesadamente sobre el lecho.

Debí dormir profundamente por espacio de unos quince minutos. Y desperté de un brinco al escuchar unos destemplados golpes que aporreaban mi puerta.

Me alcé de la cama y fui torpemente hasta la puerta. Mi cuñado estaba allí, absolutamente despierto, afeitado y fresco como una rosa.

—Vístete. Te están esperando —dijo.

—¿Quiénes? —mascullé, ahogando una maldición.

—Morrill, Elskin, el alcalde, el veterinario, incluso la doctora Henessy. Yo también iré. Vamos a dar una batida en el río. Quizá logremos capturar alguno de esos grandes peces que devoraron a «Mustang». ¿Vas a venir?

Aunque de mala gana, respondí:

—Ve bajando. Voy a tomar una ducha y en seguida estaré con vosotros.

CAPITULO VIII

El traqueteo del jeep me adormeció. Pero no me permitieron descabezar un sueñecito: Dick EIskin me despertó de un codazo no excesivamente suave y me ofreció su termo, lleno de café y coñac.

Era una temeridad beber aquel brebaje en una mañana de verano, pero acepté un vaso. Y luego otro y otro. Todos llevaban termos llenos de café mezclado con coñac o whisky.

Viajábamos en dos jeeps once personas. Por desgracia, Val Henessy iba en el otro automóvil, conducido por el veterinario Joroboam Spine.

La gente iba armada como para la guerra: todos llevaban rifles de gran calibre y cananas repletas de balas cruzadas sobre sus torsos. Para ellos, aquella excursión venía a ser una fiesta. Algunos cantaban y todos vociferaban, reían y gozaban.

Sólo yo permanecía silencioso y pensativo, recostado incómodamente sobre el asiento metálico. Bajo mis piernas tenía un becerrillo de apenas un mes, sacrificado momentos antes de un tiro en la cabeza. El animalillo padecía una malforma cióncongénita y su dueño, Howell, no había vacilado en sacrificarlo para que sirviera de carnaza a los peces del Casson.

Los hombres bromeaban entre sí, prometiéndose un gran festín a base de los colosales peces que iban a sacar del río. Y al decir esto, me miraban de reojo, con redomada ironía.

La enorme bola rojiza del astro diurno surgió, cegador, por encima de las copas de los pinos cuando los dos jeeps se aproximaban al río.

Después los vehículos aceleraron su marcha por la herbosa orilla y diez minutos después frenaban a escasa distancia de las rocas redondeadas de la gran curva del Casson.

Bajamos todos los vehículos. Reinaba un gran bullicio entre los hombres de la partida, que intercambiaban sus termos y bebían generosamente a pesar de que el sol comenzaba ya a calentar de firme.

Val vino en seguida a mi encuentro. Me miró con interés y debió adivinar que yo había pasado la noche en vela, pues asió mi mano y me la oprimió afectuosamente.

—¡Venga aqui, doctor Valentine! —me gritó Joroboam Spine. Y cuando estuve a su lado, sobre las rocas, preguntó—: ¿Es éste el lugar?

Asentí.

Cuatro mocetones fornidos arrojaron a tierra el cuerpo de! becerrillo. Uno de ellos sacó un cuchillo de monte y rebañó la garganta del animal muerto. Todavía brotaron unas gotas de sangre de la herida.

Seguidamente, los hombres ataron el cuerpo del animal con un resistente cable de acero y lo arrojaron al agua.

Pero el cuerpo quedó varado en la orilla, apenas a dos metros de distancia. Entonces, uno de los jóvenes se introdujo temerariamente en el agua y, aferrando al becerro por las orejas, lo arrastró hasta unos quince metros de la orilla. El cuerpo flotó en la superficie y comenzó a ser arrastrado lentamente por la parsimoniosa corriente del río.

Súbitamente, el joven que estaba en el río con el agua a la cintura, exhaló un alarido y volvió a la orilla como alma que lleva el diablo, maldiciendo y chillando muy excitado.

Cuando salió fuera del agua, mostró su pie derecho, calzado con una bota de montar de caña alta. Miré ávidamente y comprobé que a la bota le faltaba el tacón y un gran peda zo del contrafuerte del talón.

—¿Por qué diablos gritaste de esa manera, Dave? —le preguntó Morrill—. ¡Me has dado un susto de muerte...!

Dave, pálido como un muerto, tartajeó:

—¡Y yo... y yo también me he..., me he llevado un susto de... de muerte? ¡Un pez se me llevó media bota de un bocado!

Inmediatamente, todos comprobaron lo que yo ya habia visto: faltaba el tacón y un gran pedazo de cuero del talón. Los bordes de lo que quedaba de bota eran irregulares, dentados, como si en efecto el cuero hubiera sido arrancado de una feroz dentellada.

Inmediatamente estallaron comentarios excitados. Todos aferraban a Dave por el tobillo, ansiosos por contemplar de cerca el pequeño desastre.

—¡Pudo..., pudo arrancarme el pie de un bocado! —exclamó Dave, encendido el rostro ahora y sudando tan copiosamente que gruesos goterones resbalaban por su bronceado rostro.

—Creo que van a salirse con la suya —advertí, burlón—. Es muy posible que organicemos un gran festín a base de los peces del Casson..., si no son esos bichos los que se den un hartazgo a costa nuestra.

Al oír mis palabras, todos olvidaron a Dave y su bota destrozada para dirigir sus ávidas miradas hacia el río.

El cadáver del becerrillo flotaba ahora en mitad del río, cuya lenta corriente le iba arrastrando centímetro a centimetro aguas abajo.

Sin embargo, no se advertía ningún movimiento en el río. La lámina de agua, limpia y lisa como un cristal, reflejaba los tonos rojizos del sol naciente.

Y de repente, las aguas del Casson comenzaron a agitarse con terrible violencia.

—¡Allí, allí! —gritó alguien, señalando con el brazo extendido el remanso junto a la ronca grisácea.

Un torbellino de espuma acababa de formarse en aquel lugar. Luego adivinamos más que vimos los largos cuerpos plateados que acudían como centellas al centro del río, donde se veía la mancha blanquecina del cadáver del becerro.

En seguida, se produjo una violenta vorágine alrededor del cebo. Por encima de la espuma, asomó la cabezota de un pez de proporciones descomunales. Pude ver la monstruosa boca erizada de dientes afilados y... la cabeza del ternero fue arrancada de cuajo.

—¡Tirad, tirad del cable! —gritó Tom Morrill, sobreponiéndose al estupor que a todos embargaba.

Seis hombres —yo entre ellos— tiramos del extremo del cable, que alguien había tenido la precaución de sujetar firmemente al paragolpes de uno de los jeeps. Bregamos y sudamos antes de lograr acercar unos metros lo que quedaba del ternero.

Alrededor de la carnada, bullían los grandes peces disputándose la inerte presa, de modo que, cuando tuvimos el cebo a unos cinco metros de distancia, pudimos ver con toda claridad los cuerpos

plateados de los peces carniceros que pululaban en las aguas, disputándose ferozmente la pitanza.

Mientras sujetábamos el cable, George Howell, Joroboam Spine y Pete Hubbard retrocedieron en busca de sus rifles. Un momento después, comenzaban a disparar enloquecidos sobre los peces que aún seguían disputándose los restos del becerro.

Pete Hubbard disparaba con balas explosivas, aptas para caza mayor. Y fue el primero en hacer blanco. Al ser alcanzado por un impacto, un gigantesco pez saltó sobre las aguas con la cabeza destrozada. Su cuerpo flotó inerte en el río y Hubbard gritó como un poseso:

—¡Esperad, esperad! ¡No disparéis! ¡Tengo que recuperar mi presa!

Pero los demás siguieron disparando, enfebrecidos, hasta agotar las cargas de sus armas.

Sólo entonces se serenaron un poco los ánimos.

Del cadáver del ternero no quedaba nada, pues las fauces de los peces habían destrozado y engullido hasta el último pingajo. Tiramos del cable y lo arrojamos a la orilla, mientras Pete Hubbard y uno de sus hijos retrocedía a toda prisa y saltaba a un jeep.

A unos seis metros de distancia, dos grandes peces flotaban en la superficie con sus abultados vientres brillando al sol.

Oí el zumbido del motor del jeep e intenté impedir que Hubbard penetrara temerariamente con el vehículo en el agua, pero el rudo granjero estaba tan excitado que no oyó o no quiso oír mis gritos de advertencia.

El vehículo penetró unos métros en el agua. Por fortuna, el río tenía poco fondo allí y el más joven de los Hubbard manejaba un largo bichero con el que arponeó hábilmente a uno de los peces muertos. Pero el motor del jeep se caló y padre e hijo quedaron atrapados a cinco metros de la orilla.

Tuvimos que lanzarles el cable y remolcarlos con el otro jeep fuera del agua. Las ruedas del vehículo que halaba giraban sobre el suelo, despidiendo guijarros con la fuerza de proyectiles, de modo que, finalmente, todos tuvimos que arrimar el hombro y ayudar a Dick Elskin en su tarea ae rescatar a los Hubbard.

Estos granjeros eran tan tozudos que hubiera preferido perecer en el rio antes de perder su codiciada presa. De todas formas, hay que reconocer que se salieron con la suya, porque minutos después el monstruo de lomos plateados yacia en seco sobre la herbosa orilla.

Val, nerviosa, apretó trémulamente mi mano

—¡Dios mío, jamás había visto un pez de estas proporciones! —exclamó.

Formamos un corro de curiosos alrededor de la formidable pieza, que examinamos con terrible ansiedad.

Alguien dijo:

—No hay duda: es un black-bass. ¡Pero os juro que jamás hubiera soñado con encontrar un ejemplar de estas dimensiones!

Todos hicimos comentarios excitados. Algunos se habían inclinado sobre el pez y palpaban su cuerpo sólido y lustroso, todavía incrédulos. La bala explosiva disparada por Pete Hubbard le había alcanzado certeramente en la cabeza, la mitad de la cual había desaparecido, destrozada por la potencia de la detonación.

Hubbard, aquel tosco y fornido granjero, se incorporó y se volvió a mí, ofreciéndome su áspera mano.

—Siento haber dudado de su palabra, doctor —dijo—. Cuando Tom Morrill me contó la historia de los peces gigantes del Casson, confieso que me eché a reir. Como mis hijos, como todos los habitantes de esta comarca, conozco bien el Casson River. He pasado muchas horas pescando en sus márgenes; he sacado de estas aguas preciosos lucios de hasta once kilos y lustrosas carpas de nueve o diez. También han picado en mis cebos percas de seis kilos y algunas truchas grandes. Pero jamás había visto un black-bass como éste. Dudé de su palabra, doctor, pero ahora sólo puedo presentarle mis disculpas, pues usted tenía razón.

Apretaba mi mano con ruda franqueza y yo hice otro tanto.

Luego, Joroboam Spine dijo:

—Pero ¿cómo..., cómo es posible? —miraba sin pestañear aquel ejemplar de dos metros treinta centímetros, que Dick EÍskin acababa de medir escrupulosamente con una cinta métrica metálica.

—¡Es incomprensible! —barbotó lan McKorney, que no había dudado en unirse a la extraordinaria partida de pesca—. ¡Este bicho debe pesar algo más de doscientos kilos…!

—Es cierto —parpadeó, desconcertado, Pete Hubbard—. ¿Cómo han podido engordar así?

Nadie les dio respuesta, hasta que Dick EIskin exclamó chuscamente:

—Pero ¿no lo comprendéis? Los sencillos black-bass del Casson River se han engullido cuarenta o cincuenta de vuestras reses, entre vacas y caballos… Así, es lógico que estos peces hayan puesto tantos kilos.

Su comentario fue acogido con una carcajada espontánea que tuvo la virtud de relajar un tanto los ánimos.

Pero yo no tenía ganas de bromear. Tampoco Val parecía muy divertida. Probablemente, nuestros pensamientos eran paralelos.

Finalmente, comentó:

—En cualquier caso, se trata de una fantástica captura. ¿No hablaban de un festín? Estoy seguro de que, sólo con este pez, todos los habitantes de Sun Springs podrán comer hasta hartarse.

Pero mi proposición no fue acogida con el júbilo que yo esperaba. Los rostros estaban tensos, preocupados.

En realidad, nadie probó la carne de aquel prodigioso pez. En primer lugar, era un ejemplar formidable y ninguno de los hombres que me rodeaban se hubieran atrevido a descuartizarlo para preparar una comilona. Probablemente, la mayoría de ellos estarían pensando en disecarlo y exponerlo solemnemente en el bar de McKorney, como prueba fehaciente de que ningún río como el Casson para criar fabulosos ejemplares piscícolas.

Morrill decidió que cargásemos aquel pesado pez en uno de los jeeps, para lo cual fue precisa la colaboración de todos nosotros. Como el black-bass ocupaba prácticamente todo el vehículo, algunos de nosotros hubimos de emprender el regreso a Sun Springs a pie.

A mi, personalmente, ni me importó. Ansiaba quedarme a solas con Val Henessy. Por diversas razones.

CAPITULO IX

Se sucedieron unos dias de gran tensión en Sun Springs.

El enorme pez capturado a balazos por Pete Hubbard fue expuesto durante varias horas en el bar de lan McKorney, que hizo su agosto aquel día, pues su negocio se llenó hasta los topes de sedientos clientes que ingerían docenas y docenas de jarras de cerveza, mientras contemplaban el gigantesco trofeo y prorrumpían en encendidos comentarios.

Para alojar el pez, McKorney habla vaciado el gran mostrador-frigorífico en el que solía conservar los mariscos. Todo el mundo llevaba cámaras fotográficas que disparaban sin cesar para conservar un recuerdo fehaciente del monstruo capturado en el rio Casson.

Entretanto, las autoridades locales habían tomado ciertas precauciones. Después de divulgar la prohibición de bañarse en el Casson, llenaron sus márgenes de carteles que prevenían sobre el peligro gravísimo de acercarse a las orillas.

Los ciudadanos más excitados proponían arrojar toneladas de productos venenosos al río, con el fin de eliminar a los grandes peces. La operación podía hacerse sin grandes riesgos, habida cuenta de que aguas abajo se encontraba la presa Indian Chief y veinte kilómetros hacia el norte estaba la Cruise Reef, lo que delimitaría mucho la contaminación de las aguas. Pero Joroboam Spine aconsejó a Harry Polks y Tom Morrill que no permitieran llevar a cabo tal procedimiento hasta que llegase el enviado del gobernador, Green, el cual había anunciado una visita urgente a Sun Springs.

Además de la prohibición expresa de acercarse al río y de los carteles disuasorios, Morrill nombró una treintena de vigilantes jurados, los cuales fueron a establecerse a cierta distancia de las márgenes del Casson con la orden expresa de evitar la aproximación de personas o ganados.

Green llegó al atardecer, en un helicóptero. Su primera visita, naturalmente, fue al bar de McKorney. Durante varios minutos contempló en silencio el formidable ejemplar y luego ordenó a su ayudante que disparase unos cuantos flashes. A continuación pidió que le hiciesen un relato de los hechos, se entrevistó con las personas más representativas de la localidad y se marchó antes del anochecer, tras prometer que al día siguiente el gobernador tomaría una decisión al respecto.

En efecto, al día siguiente llegó una escuadrilla de helicópteros procedentes de Salem. También llegaron ochenta agentes forestales a caballo, los cuales establecieron un cordón de seguridad a tres kilómetros de las márgenes del Casson. Después los helicópteros fumigaron las aguas del río con una emulsión de líquido azulado.

El efecto no tardó en ser notorio: hacia el mediodía miles de peces flotaban sobre la superficie del Casson. Había ejemplares de tamaño normal, como lucios, carpas, barbos y percas. Pero a través de mis prismáticos pude ver los grandes vientres plateados de más de un centener de monstruosos black-bass.

Los servicios fitosanitarios sacaron del río muchas toneladas de peces envenenados, que cargaron en camiones y se llevaron con destino desconocido. Aquel trabajo duró varios días, pero finalmente el río quedó libre de carroña.

A continuación, los helicópteros volvieron a regar las aguas del Casson con otro producto de color rojo, con el cual se pretendía devolver al caudal su limpidez e inocuidad anteriores.

Naturalmente, los pescadores más acérrimos se quejaron amargamente. Decían que pasarían muchos años antes de que aquellos cuarenta kilómetros de río volvieran a atesorar la riqueza piscícola anterior. Pero sus ánimos se apaciguaron cuando los funcionarios prometieron que las aguas del Casson serían repobladas en unas cuantas semanas.

Al cabo de quince días, los equipos gubernamentales se marcharon, llevándose en un congelador el ejemplar de black-bass gigante que McKorney exponía en su vitrina. McKorney se dio a todos los demonios, pues inmediatamente la afluencia de sedientos curiosos menguó considerablemente.

En cuanto a mí, había dedicado aquel tiempo a observar estrechamente a mi sobrino. Pero el tiempo de mis vacaciones había discurrido vertiginosamente y apenas faltaban ocho días para iniciar el regreso a Nueva York.

Mi intimidad con Val Henessy había progresado considerablemente. Por desgracia, aquella encantadora muchacha no acababa de entregárseme por completo. Yo juraría que Val estaba tan profundamente enamorada de mí como yo de ella. Cuando la tomaba suavemente por la cintura, Val se estremecía ostensiblemente, Y si rozaba mis labios con los suyos, respondía a la caricia

apasionadamente. Pero en cuanto yo trataba de ir un poco más allá, su cuerpo se ponía rígido y sus brazos me separaban con firmeza.

—¡Por favor, Clive! —susurraba.

Y me veía obligado a separarme de ella cuando más enfebrecido me sentía.

Una noche discutimos agriamente. Ella me había invitado a comer y yo bebi más de la cuenta. Cuando nos despedíamos en el vestíbulo, mi sangre se encendió y la abracé con rudeza, la besé violentamente y traté de acariciarla íntimamente. Val me rechazó con energía increíble y mi espalda chocó fuertemente contra la pared.

Irritado y obcecado, grité:

—¡Por fin lo he comprendido! ¡Sólo eres una pobre mujer frígida!

—Por favor, vete —me pidió ella, dolorida.

Y abandoné la casa dando trompicones. Al día siguiente no fui a verla. Ni al otro.

Por la mañana, Billy y yo hicimos un viaje a Dalles. Cuando volvimos, dos horas después, mi sobrino conducía a pequeña velocidad la motocicleta «Honda» de pequeña cilindra da que yo acababa de regalarle.

Me sentí muy satisfecho, pues Billy parecía ilusionado con aquella máquina, apta para correr a campo traviesa. Quizá la motocicleta obrase el milagro de arrancarle de su abstracción y alejar su apatía de los últimos meses.

En cuanto a mí, ansiaba volver cuanto antes a Val y suplicarle perdón, pero me sentía tan avergonzado que no fui capaz de dar el primer paso hacia ella.

Así pues, nuestro siguiente encuentro fue de lo más casual. Tenía ganas de hacer una excursión al lago Shapahoni y pedi a mi cuñado que me dejara uno de sus jeeps, pues mi «Mercedes» no era apto para rodar por las estrechas trochas que llevaban hasta el lago de origen volcánico. Sam me trajo el jeep cuando vino a comer a mediodía y lo dejó aparcado a la puerta de su casa.

Cuando transcurrieron las horas de la canícula, me puse unos sencillos pantalones vaqueros y un suéter de manga corta, dispuesto a

emprender la excursión. Busqué a Billy, pues deseaba que me acompañara, pero Dorothy me dijo que su hijo habia cogido la moto una hora antes y se había marchado.

—Parecía tan contento que no intenté disuadirle. ¡Esa moto que tú le has regalado parece haber obrado el milagro de hacerle reaccionar! —dijo.

Mi hermana me entregó una nevera portátil con varias botellas de cerveza y una bolsa con provisiones. Me despedí y me marché.

Tras cruzar el puente sobre el río Casson, me aparté de la la carretera y seguí a través de un frondoso camino forestal.

No tenia prisa y me detuve en varias ocasiones para admirar el bellísimo paisaje de montaña y hacer algunas fotos. Antes de proseguir el camino, escuché entre las frondas el fuerte petardeo del escape de una moto, por lo que imaginé que Billy andaría cerca. Ante la perspectiva de encontrarme con mi sobrino y compartir con él las provisiones que llevaba conmigo, volví al jeep y continué en dirección al Shapahoni Lake.

El camino ascendía continuamente a través de las crestas volcánicas parcialmente ocultas por la vegetación boscosa. Las cerradas curvas me obligaban a concentrar toda mi atención a la conducción del vehículo, cuyas ruedas derrapaban a veces sobre la gravilla negruzca del dificultoso camino.

A pesar de mi concentrada atención, mi jeep estuvo a punto de colisionar con un destartalado Citroen que descendía.

¡Era el utilitario de Val Henessy...!

Frené a fondo y los neumáticos del jeep elevaron una tolvanera de polvo gris a! derrapar sobre el camino.

«¡Vaya! —pensé—. Las circunstancias vienen a ser las mismas del día que conocí a la doctora Henessy.»

Los dos automóviles quedaron a un palmo de distancia el uno del otro. Evidentemente la responsabilidad era de Val, puesto que conducía justamente por la izquierda del camino a la entrada a una curva.

Advertí al primer golpe de vista que el capot del Citroen estaba completamente abollado y este descubrimiento me alarmó; salté fuera

del jeep y corrí hacia el cochecito de Val Henessy.

—¡Dios santo! —exclamé al verla—. ¿Qué te ha ocurrido, chiquilla mía?

Se había derrumbado de bruces sobre el volante y ocultaba el rostro con las manos. A pesar de ello, vi los rasguños de sus brazos y sus preciosos cabellos rubios manchados de aquel polvo negruzco.

Lo primero que pensé fue que había sufrido un accidente. Probablemente, su coche había volcado o se había salido del camino en una de sus peligrosas curvas.

Val sollozaba quedamente y me costó trabajo separar sus rígidas manos del rostro. Y entonces me asusté al contemplar sus deformadas facciones. Podría afirmarse que su cara era un puro hematoma, arrojaba un hilillo de sangre por entre los hinchados labios y tenía los párpados abultados y violáceos.

Aquello no era propio de un accidente. Más bien se diría que alguien acababa de propinarle una salvaje paliza.

Movido por un irrefrenable sentimiento de ternura, abrí la puerta de un empellón, la tomé por el talle y la abracé y besé enfebrecido.

—¿Quién te ha hecho esto? ¿Quién lo hizo? ¡Tienes que decírmelo! ¡Sea quien sea, lo machacaré, lo pulverizaré, lo...! —chillé, descompuesto.

Pero ella sólo sabía sollozar. Se dejó llevar hasta el jeep, la senté en un asiento y busqué apresuradamente el hielo que había en la nevera. Apliqué algunos pedazos sobre sus párpados y su rostro tumefacto, al tiempo que la acariciaba y la besaba tiernamente.

Poco a poco. Val fue tranquilizándose. Sumisamente, aceptaba mis caricias y mis cuidados. Limpié sus cabellos con mi pañuelo, desinfecté los rasguños de sus brazos con el material que encontré en su maletín y traté de averiguar quién había sido el salvaje que la había puesto en aquel lamentable estado.

Val no quería hablar, era evidente. Y su silencio sólo servía para encolerizarme más y más, pues en seguida mis pensamientos tomaron un rumbo tortuoso.

—¿Intentaron violarte? —exigí—, ¡Dime quién fue!

—No, no. Nadie quiso violarme. Fue... Billy —confesó al fin.

—¿Billy? ¿Quieres decir... Billy Riverton, mi propio sobrino? —exclamé, lleno de incredulidad.

Val asintió.

—Sí, fue tu sobrino Debió enloquecer, no puedo explicármelo. Sólo le dije que...

Mientras hablaba, yo seguía aplicando trozos de hielo sobre las zonas tumefactas de su rostro. La hinchazón descendió un tanto, pero su ojo derecho continuaba cerrado y amoratado.

Yo no podía creerlo. ¿Billy atacando salvajemente a Val Henessy? ¡Imposible! Pero...

—Me sentía muy triste por nuestro enfado y decidí dar un paseo para distraerme —estaba diciendo Val—, Llegué a la orilla del lago Shapahoni, dejé el coche y fui contorneando el borde hasta el promontorio volcánico más elevado. De repente, escuché aquel estrépito metálico y volvi a toda prisa sobre mis pasos...

Abriéndose paso entre la vegetación que crecía a orillas del lago, llegó a la explanada en la que había su coche.

—Quedé petrificada de espanto al ver lo que hacía Billy: con una gran piedra golpeaba como un energúmeno las planchas de mi coche, al tiempo que gritaba como un poseso. Yo también grité, perdidos los nervios ante aquella barbarie inexplicable. Pero él siguió golpeando y golpeando, hasta que el pedrusco se le deshizo entre las manos...

—¿Y luego...? —inquirí, anhelante.

—Me acerqué a él y le pregunté por qué había hecho aquello —narró Val—. Tenía una expresión terrible, odiosa, lasciva... Pero no pronunció una sola palabra. De repente, se abalanzó sobre mí y comenzó a golpearme. Me pegaba con tal contundencia que al principio fui incapaz de reaccionar. No parecía el chiquillo amable, aunque algo retraído, que yo conocía. Se comportaba como un salvaje, como un verdadero energúmeno. Y poseía una fuerza diabólica...

Por fortuna, Val era ágil y fuerte. Logró aferrar a Billy por los hombros, se dejó caer al suelo y le catapultó con las piernas a varios metros de distancia.

—Aún no entiendo cómo fui capaz de reaccionar. El estaba en el suelo, inmóvil, quizá conmocionado, cuando me alcé del suelo y corrí hacia el automóvil. Por un momento temí que el motor no arrancara, pero di al contacto, oí el zumbido y escapé de allí como alma que lleva el diablo. Y eso es todo —terminó.

Yo suspiré, abrumado.

—No cabe duda: este último suceso viene a demostrar que mi sobrino sufre un grave desequilibrio mental. Me cuesta decir esto porque quiero a Billy, pero sus reacciones son tan peligrosas ya, que se impone internarle en un sanatorio psiquiátrico —dije.

Val no hizo ningún comentario. Apretaba sobre sus facciones tumefactas mi pañuelo, empapado en agua helada.

De repente, di media vuelta y subí al jeep.

—¿Adonde vas? —exclamó Val, alarmada.

—Voy a buscar a Billy. Y si aún sigue dominando por su ansia agresiva, Ie reduciré por la fuerza y le ataré como a un novillo. En las actuales condiciones, no puedo dejarle campar a su capricho. Tú vendrás conmigo. No temas. Te juro que nada malo te ocurrirá mientras yo esté cerca de ti —repondí.

Val asintió con el gesto.

Por mi parte, puse el motor en marcha y arranqué. El jeep rodó unos metros cuesta abajo para separarse del abollado Citroen de Val y luego saltó hacia adelante con ímpetu.

Aún no habíamos alcanzado la cima del antiguo cono volcánico que limitaba la profunda oquedad del lago Shapahoni, cuando escuché aquel petardeo horrísono.

—¡Billy! —exclamó Val, asustada.

Frené en seco. Unos segundos después, Billy surgía de improviso entre los arbustos conduciendo su moto locamente.

La máquina saltó en el vacio, atravesó un espeso matorral y cayó sobre el camino.

—¡Deténte, Billy! —grité con todas mis fuerzas, temiendo que se estrellase contra las afiladas crestas que bordeaban la senda.

Pero la motocicleta rebotó elásticamente sobre los guijarros y descendió como una exhalación cuesta abajo.

Maniobré a toda prisa y di la vuelta. Un momento después, el jeep descendía a gran velocidad por la peligrosa trocha.

Tomé la primera curva en dos ruedas.

Billy me había sacado gran ventaja y conducía su Honda con espíritu suicida.

—Se despeñará —temí.

Hice sonar ininterrumpidamente el claxon, al tiempo que gritaba estentóreamente:

—¡Deténte, Billy! ¡¡Freeeena!

Pero lejos de aminorar la marcha, el muchacho aceleraba

más a fondo.

Súbitamente, su máquina abandonó el camino y rodó, rebotando, sobre el borde irregular de un precipicio.

—¡Dios le asista! —murmuró Val, espantada—, ¡Ese sendero está cortado a pico…! ¡Va a…!

El sudor que empapaba mis ropas se enfrió de repente. Val tenía razón: Billy corría hacia una muerte segura.

Aún descendió mi jeep unos ochenta metros antes de que consiguiera dominar la inercia y frenar el vehículo. Desde allá abajo, Val y yo vimos cómo Billy corría locamente por el borde del acantilado.

Hasta que el vacío se abrió bajo las ruedas de la moto y el muchacho y la máquina cayeron desde setenta metros de altura.

El cuerpo de Billy cayó sobre una roca, rebotó y rodó violentamente hasta la base del escarpado tajo.

Me llevé las manos a los ojos y ahogué un sollozo. Las finas manos de Val Henessy acariciaban en silencio mis hombros.

Un momento después reaccioné.

—Vayamos en busca de ayuda para rescatar su cadáver —propuse roncamente a Val.

CAPITULO X

El jeep se detuvo con un chirrido en la casa de los Riverton.

Incapaz de reaccionar, permanecí unos segundos con las manos apoyadas e

el volante.

Val me susuró al oído:

Comprendo tu estado de ánimo, Clive. Quédate aquí, yo iré a darles la not

Bajó del jeep y penetró en la casa.

Apenas debió hablar unas palabras con Sam y Dorothy, pues volvió al mor

En su rostro todavía deformado, se reflejaba una intensa perplejidad.

—No lo entiendo —dijo

—¿Qué? —murmuré apartando el rostro de las manos

—Clive, *Billy está aquí, en su casa* —declaró.

La miré fijamente, como si Val fuera un extraterretre.

—¿Qué has dicho?

—Billy está sano y salvo. Yo lo he visto con mis propios ojos. Está en la ca

con sus padres —insistió.

Pero Val ¡tu y yo le hemos visto despeñarse con la moto! —protesté enojad

—Debimos equivocarnos, quizá no era Billy quien conducía aquella moto -

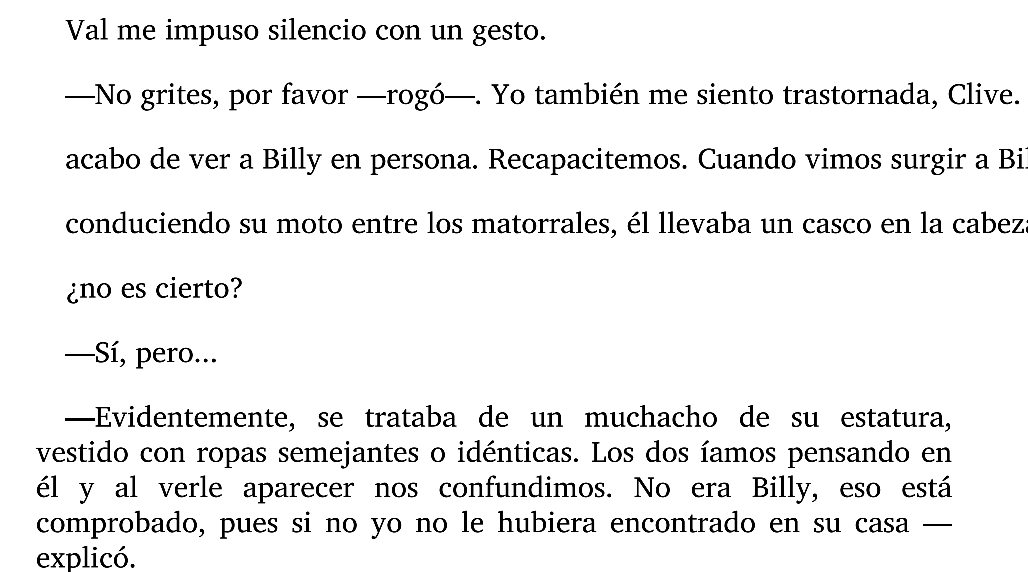
arguyó Val muy nerviosa.

Reflexioné un momento, me zumbaba la cabeza, me sentía desquiciado,

Irritado, fatigado hasta el límite.

¡Esto es absurdo! —exclamé—conozco bien a mi sobrino, ¡era el, Val!. El c

despeñó, quien está muerto ahora, allá en el fondo del acantilado



Val me impuso silencio con un gesto.

—No grites, por favor —rogó—. Yo también me siento trastornada, Clive.

acabo de ver a Billy en persona. Recapacitemos. Cuando vimos surgir a Bil

conduciendo su moto entre los matorrales, él llevaba un casco en la cabeza

¿no es cierto?

—Sí, pero…

—Evidentemente, se trataba de un muchacho de su estatura, vestido con ropas semejantes o idénticas. Los dos íamos pensando en él y al verle aparecer nos confundimos. No era Billy, eso está comprobado, pues si no yo no le hubiera encontrado en su casa —explicó.

Bajé del jeep y penetré rápidamente en la casa. Val siguió mis pasos.

Sam y mi hermana se mostraron sorprendidos al verme aparecer súbitamente de un talante desacostumbrado. Yo apenas les miré, pues toda mi atención estaba concentrada en la contemplación del muchacho que leía distraídamente uno de mis libros.

Era Billy, no cabía duda.

Me dirigí a él resueltamente, sin pronunciar un saludo.

—Está bien, Billy: explícate —dije con severidad.

Alzó la cabeza y me miró con expresión inocente.

—¿Qué debo explicarte, tio Clive? —respondió.

—Golpeaste salvajemente a la doctora Henessy. ¿Por qué lo hiciste?

Sam se removió, inquieto, en su sillón.

—Yo no golpeé a la doctora Henessy —respondió Billy, con pasmosa tranquilidad. Y añadió—: ¿Por qué había de hacerlo?

Mi cuñado se puso en pie.

—¿Qué significa todo esto, Clive? —me preguntó con el ceño adusto.

Le expliqué brevemente lo que Val me había contado y cuanto habíamos visto en las proximidades del lago.

—Por una vez, creo que debo salir en defensa de mi hijo —intervino Sam, severo—. Billy no es un muchacho violento. Jamás atacaría a nadie y menos a la doctora Henessy, a la que todos queremos. Por lo demás, debo hacerte una advertencia. Clive: la moto de Billy se averió, de modo que se vio obligado a dejarla en la granja de los Howell, quienes le prestaron una bicicleta para que pudiera regresar a casa antes del anochecer. Te lo juro: no acabo de entender el motivo de tus acusaciones a Billy —terminó. En el tono de su voz vibraba el reproche.

Val y yo nos miramos de hito en hito.

—Quizá sufrí una confusión —vaciló Val—. El chico que me atacó vestía como Billy y se cubría la cabeza con un casco de motorista. Tal vez… Sí, tal vez esa indumentaria fue la causa de mi error.

Me dejé caer, derrengado, sobre una silla y un suspiro se escapó de entre mis labios.

—Al menos, Billy está vivo —murmuré—. Creíamos… Pero mejor será no hablar de ello. Sea como fuera, alguien logró arreglar tu moto y la robó, Billy. Voy a entrevistarme con Morrill. Al pie del acantilado hay un muchacho muerto.

Val y yo salimos de la casa y fuimos a la comisaria. Morrill y Elkins escucharon mi relato sin parpadear. Luego, Elkins hizo aquella observación:

—Es curioso, doctor Valentine. Desde que usted llegó a Sun Springs apenas hemos tenido tiempo para recuperar el resuello.

—Lo siento —respondí, irritado—. No soy yo quien provoca los conflictos.

Morrill me pidió que los acompañara a las proximidades de Shapahoni Lake. Tentado estuve de enviarlos al infierno, pero finalmente se impuso mi sentido ciudadano y también, —¿por qué no decirlo?— mi curiosidad y acepté servirles de guía.

Val quería acompañarnos, pero la convencí de que lo más sensato era que se marchara a su casa a descansar.

Nos separamos a la puerta de su chalet. Me besó espontáneamente

en los labios con los suyos, hinchados y rotos, y experimenté una intensa ternura hacia ella.

—No dejes de pasar por mi casa cuando vuelvas —susurró a mi oído.

Eran las nueve y media de la noche cuando emprendimos la marcha hacia el lago Shapahoni. Yo conducía el jeep de mi cuñado abriendo camino y detrás de mí rodaba el vehículo que conducía Dick Elskin. Le acompañaban Tom Morrill y dos jóvenes voluntarios, Joshua Hartley y Ben Logan.

Dejamos atrás la granja de los Howell y comenzamos a escalar las ásperas pendientes de las estribaciones de Mount Hagen. En el camino, dejamos atrás el abollado Citroen de Val Henessy y proseguimos hasta detenernos a la altura del acantilado.

Hartley y Logan cargaron con largos mazos de cuerda de alpinista y, alumbrándonos con potentes linternas, caminamos sobre los ríos de lava salpicados de arbustos espinosos y algunas especies de cactus.

Caminábamos con cautela, pues el terreno era muy abrupto, surcado a menudo por profundas grietas y hondonadas. Los chorros luminosos de nuestras linternas descubrían de cuando en cuando hondas cavernas naturales abiertas en el seño de la toba volcánica porosa.

Nos aproximábamos a la base del acantilado, cuando me detuve al oír detrás de mí aquella exclamación.

Era Joshua Hartley quien, de bruces contra el suelo, barbotaba imprecaciones.

—Pero ¿qué te ocurre? —acudió, solícito, Tom Morrill al hombre caído.

—¡Ese estúpido de Ben Logan, con sus bromas! —se quejó Hartley —, Me ha golpeado con fuerza en la espalda y me ha arrojado al suelo de bruces.

—¡Estás loco! —respondió Logan, violento—. ¿Cómo puedo golpearte si voy caminando delante de ti?

—Ben tiene razón: él no te ha empujado, Joshua. caminaba a mi altura cuando oímos tus gritos —declaró Dick Elskin.

Hartley nos miró a todos de hito en hito, perplejo.

—Entonces ¿quién ha sido? —se preguntó—. ¡Fue como si la coz de un búfalo me hubiera alcanzado en la espalda!

Las linternas descubrieron un círculo a nuestro alrededor. No pudimos ver otra cosa en cincuenta metros a la redonda que la árida corteza de toba volcánica que cubría la ladera.

—Has debido tropezar, eso es todo —decidió Morrill secamente. Pero pude ver que Hartley se masajeaba la espalda con un gesto de dolor.

Un momento después estábamos en el lugar donde habíamos visto despeñarse el motorista con su moto. En la base del acantilado existía una profunda depresión de unos veinticinco metros, de bordes tan lisos como el cristal. En el fondo, los conos de nuestras linternas descubrieron una motocicleta completamente destrozada, una de cuyas ruedas se había desgajado de su eje.

—Ahí no hay ningún cadáver —observó Elskin.

—Tal vez cayó a algunos metros de distancia. Busquemos por aqui —propuse.

Buscamos, en efecto, en un radio de unos cincuenta o sesenta metros alrededor del talud, pero no hallamos nada. Ni rastro de! cadáver del muchacho que conducía la moto.

—Quizá no se mató —opinó Morrill, dirigiéndome una mirada penetrante.

Reí sin ganas ante aquel comentario.

—Tom, el muchacho cayó desde unos ochenta metros de altura —dije—. Vi cómo su cuerpo chocaba contra un saliente y rebotaba de forma impresionante sobre esas crestas., Créame, ningún ser humano es capaz de sobrevivir después de un accidente semejante.

—Está bien —respondió el policía—. Echemos aún una ojeada por estos vericuetos. Tengan cuidado.

El grupo se abrió para abarcar una franja más amplia y continuamos la búsqueda. Poco después Dick Elskin se detuvo y alzó una mano perentoriamente.

—¡Callad! —dijo

Llegamos junto a él, ávidos de saber qué había llamado su atención.

—Escuchad —susurró.

Contuvimos la respiración y aprestamos el oído.

Inmediatamente escuchamos un fuerte rumor que tenía resonancias metálicas. Era una especie de *cruc-cruc, cruc-cruc,* como si una máquina poderosa estuviera tronzando algún cuerpo consistente.

—Es ahí, abajo —dijo Elskin, en voz bajísima.

—Pero ¿qué? —preguntó su jefe.

—No lo sé. Pero ¿no perciben el hedor que flota en el ambiente? —respondió.

Olfateamos el aire. En efecto, hasta mi nariz llegó un olor muy desagradable, como a carne corrompida.

—Yo diría que se trata de alguna carroña —indicó Elskin—. Probablemente, el rumor que llega hasta nosotros es el de las mandíbulas de los animales carroñeros que se están dando un buen festín. ¿Qué hacemos?.

Decidimos descender con cautela.

Morrill desenfundó su revólver y yo empuñé el mió. Elskin, Hartley y Logan llevaban rifles de gran calibre.

Bajamos despacio, en una mano el arma y en la otra la linterna apuntando al suelo. A medida que avanzábamos, aquel desagradable *cruc-cruc* llegaba hasta nuestros oídos más sonoro y próximo.

Elskin se detuvo en una cascada de lava petrificada y nosotros hicimos otro tanto. Apuntamos la luz de nuestras linternas hacia el lugar del que nos llegaban los crujidos y vimos una gran res muerta en una hondonada. Los carroñeros —apenas bultos oscuros en la noche negra— pululaban sobre su presa, en número de unas tres o cuatro docenas. ¿Mamíferos, aves…? No pudimos establecerlo en el primer momento.

De pronto, se produjo un zumbido fuerte y los animales carroñeros desaparecieron, elevándose en el aire.

—¿Buitres? ¿Cuervos? —gruñó Morrill—. En cualquier caso, es la primera vez que asisto a un festín nocturno de las aves carroñeras. Es raro: no suelen volar de noche.

Nos acercamos lentamente a la hondonada. La pestilencia era tan intensa que provocaba náuseas. Al advertir que no había peligro, enfundé el revólver y me puse un pañuelo sobre la nariz.

La carroña que iluminaban nuestras linternas debía pertenecer a un gran cuadrúpedo, a juzgar por su tamaño.

¿Un alce, un gran cérvido, una vaca...?

Dick Elskin gruñó una imprecación entre dientes.

—¿Qué diablos es esto? —exclamó, cuando nos acercábamos al animal muerto—. ¿Qué clase de bicho,..?

Calló bruscamente.

—Parece un perro —dijo Logan—. Pero ¡qué tontería! ¿Un perro de trescientos kilos?

Contemplamos absortos aquel gran cuerpo peludo, parcialmente devorado por las carroñeras. El pelaje era pardo, como el de... los lobos. Y la cola, curva y peluda, también era como la de los lobos. Y la cabeza... Le faltaban los ojos y las orejas, pero aquella enorme cabezota de aguzado hocico era propia de un cánido. Sólo que aquel animal muerto medía algo más de tres metros desde el hocico a la cola.

Tom Morrill, que rara vez se impresionaba por nada, se estremeció. Inmediatamente retrocedió unos pasos.

—Esto... esto no es normal —murmuró—. Creo que será mejor que..., que nos alejemos de aquí.

Fue entonces, cuando nos retirábamos de aquella pestilente carroña, que escuchamos el fuerte y monótono zumbido que brotaba de las alturas.

Ben Logan alzó su linterna con la intención de ver qué sucedía sobre nuestras cabezas. Inmediatamente un cuerpo redondo y oscuro cruzó el cono luminoso. Escuchamos un golpe sordo y a continuación los alaridos de Logan, que acababa de caer pesadamente a tierra.

—¡Dios mío, me ha roto el brazo! —gimió.

Nos inclinamos sobre él, ansiosos por auxiliarle, pero una nube de seres voladores se abatió sobre nosotros en ese momento. Sentí en la espalda un golpe semejante a un mazazo aplicado con una porra medieval y caí al suelo. Instantáneamente experimenté un vivo escozor en la espalda. Me palpé con la mano derecha y sentí correr, tibia y abundante mi propia sangre.

Fue un momento de pánico y desconcierto totales. Logan se quejaba lastimeramente en el suelo, Joshua Hartley disparaba su rifle locamente, Dick Elskin maldecía de bruces contra el suelo y Morrill se defendía a manotazos del ataque que provenía de las alturas.

Mi linterna había caído al suelo, pero seguía lanzando su haz luminoso a ras de tierra.

Entonces vi moverse aquel cuerpo rechoncho sobre el suelo. *Era un escarabajo de medio metro de longitud que debía pesar diez kilos.* Podía ver el movimiento de sus palpos y mandíbulas y también el brillante cuerno y las alas membranosas a medio plegar bajo sus duros élitros del color del ébano.

Aquéllas eran las carroñeras que devoraban el cadáver del lobo desmesurado cuando nosotros descendimos hasta la hondonada. Los escarabajos son carroñeros por naturaleza, pero yo jamás hubiera supuesto que un dia me encontraría ante un coleóptero de medio metro de longitud.

Saqué el revólver y disparé contra aquel bicho. La bala de mi 38 se estrelló contra su joroba brillante, arrancó algunasesquirlas de queratina y arrojó al animal a varios metros de distancia. Pero el bicho continuó caminando torpe y pesada mente como si tal cosa.

En aquel momento, vi descender uno de los gruesos coleópteros contra Hartley, que aún seguía disparando su rifle inútilmente. Ni siquiera tuve tiempo de avisarle del peligro: el escarabajo se abatió sobre él y le golpeó en la cabeza. Hartley cayó redondo al suelo.

—¡Apaguen las linternas! —chillé, histérico—. ¡Son las luces de nuestras lámparas las que atraen a esos bichos...!

Mi orden fue obedecida al punto. Las tinieblas nos envolvieron y yo me sentí indefenso y asustado, pues la herida de mi espalda —supuse que se trataba de un rasguño profundo— seguía sangrando un poco y empapando mi camisa.

Entre Morrill y yo arrastramos al desvanecido Hartley y poco a poco escalamos las pendientes de la hondonada y nos alejamos.

Por fortuna, Joshua Hartley volvió en sí a los pocos minutos.

—¡Mi cabeza! —gimió—. ¡Me zumba como si un enjambre de abejas se me hubiese alojado ahí dentro…!

No sé cómo conseguimos llegar hasta los vehículos. Cuando Tom Morrill se dejaba caer, derrengado, sobre su asiento y después de ordenar a Elskin que arrancara de aquel lugar inmediatamente, le oí decir:

—Hemos de averiguar qué sucede en este lugar. Llamaré inmediatamente al gobernador y le pediré que exija la intervención del ejército si es preciso. Antes… antes de que sea demasiado tarde.

CAPITULO XI

Val y yo estábamos charlando aún en la terraza de su chalet, cuando la bella lámpara de hierro forjado que pendía del techo comenzó a oscilar con violencia.

Pero aquella trepidación levísima cesó en seguida.

—¿Qué fue eso? —preguntó Val, un tanto pálida.

—Yo diría que fue un temblor de tierra, aunque apenas perceptible —respondí, poniéndome en pie.

En aquel instante, otro tenue rumor llamó nuestra atención. Alguien descendía por la calle principal de Sun Springs en dirección a la carretera. Instintivamente, alargué el brazo y apagué la luz. La terraza quedó a oscuras.

Un débil foco iluminó a ráfagas el muro. La persona que descendía calle abajo iba en bicicleta.

Un momento después pasó ante el chalet de la doctora Henessy y se perdió en la carretera.

—¿Has visto lo mismo que yo, Clive? —musitó Val, desconcertada —. Me pareció que la persona que marchaba en bicicleta era… Billy, tu sobrino.

—Es Billy, en efecto —respondí, pensativo—, Y me pregunto adonde se dirige a las dos de la madrugada. Evidentemente, se ha

escapado de casa a escondidas de sus padres. Quizá...

—¿Qué?

—¡No lo sé! —exclamé, nervioso, alisándome distraída mente los cabellos—. Tal vez se dirige al lago Shapahoni. Y en ese caso...

Salté de un atlético salto la baranda de la terraza.

—¿Adonde vas? —preguntó Val, alarmada.

—Tengo que averiguar de una maldita vez qué se trae Billy entre manos —respondí, decidido.

—¡Espera! Te acompañaré.

Iba a oponerme, pero Val, siguiendo mi ejemplo, acababa de saltar limpiamente a la calle y caminaba en pos de mí.

Corrimos calle adelante hasta la plaza, donde tenía aparcado mi Mercedes. Cuando nos disponíamos a subir al automóvil, se produjo otro temblor de tierra, éste más largo y notable. Algunas piezas de pizarra de los tejados cayeron a la calle y se hicieron añicos y la farola que iluminaba aquella zona se balanceó y chirrió desagradablemente.

—¿Qué es lo que está sucediendo? —dijo Val, dirigiendo a su alrededor una mirada de angustia.

No hice ningún comentario y me acomodé tras el volante. Pero en aquel momento recordé las confidencias que me había hecho Dorothy respecto a mi sobrino: «Billy está íntimamente convencido de que algún día el antiguo volcán de Shapahoni volverá a entrar en erupción.»

Val se acomodó a mi lado en el momento en que ponía el motor en marcha. Di marcha atrás y arranqué calle abajo hacia la carretera.

A los pocos minutos, los faros de mi coche iluminaron la silueta de Billy, que pedaleaba denodadamente ruta adelante. Apagué los faros y le seguí apenas a cincuenta metros de distancia, guiándome por el débil halo amarillento que proyectaba el foco de su bicicleta.

Tal como sospechaba, una vez cruzado el puente sobre el rio Casson, Billy abandonó la carretera y tomó el camino que, paralelo al río, llevaba hasta el lago Shapahoni. La distancia que mediaba entre

Sun Springs y el lago era de unos trece kilómetros, la mayor parte a lo largo de una trocha áspera y empinada, lo que suponía una buena caminata, aunque fuera en bicicleta. A pesar de los cual, mi sobrino parecía incansable: seguía pedaleando a buen ritmo, sin dar muestras de fatiga.

Ni un solo momento vaciló, ni siquiera se volvió hacia atrás, aunque es muy posible que pudiera escuchar el fragor de los neumáticos del Mercedes sobre los guijarros.

De esta forma, comenzamos a escalar las pendientes del colosal cráter. Luego llegamos arriba y comenzamos a descender a través del camino que atravesaba la densa maleza. La noche era clara, estrellada, pero cuando dirigimos nuestras miradas hacia abajo, Val y yo captamos aquel raro fenómeno al mismo tiempo.

—¡Mira las aguas del lago! —exclamó ella, atónita—, ¡Expanden una extraña fosforescencia azulada!

—Puede tratarse de un fenómeno natural —respondí—. En el agua existen microorganismos capaces de producir esa luminosidad fosforescente.

—Pero ¡es un fulgor extraordinario, Clive! ¡Mira con atención! La luz lechosa que proviene del lago ilumina fantasmalmente la zona boscosa de la orilla.

Cuando hubimos descendido unos trescientos metros, advertimos que brotaban lenguas de humo azulado de entre las copas de los frondosos árboles que crecían en las laderas del gran cráter.

Distraídos con la observación de aquellos fenómenos desconocidos, no advertimos que Billy y su bicicleta habían desaparecido.

Frené a fondo y los neumáticos derraparon largo trecho cuesta abajo. Val me miró con cara de susto.

—¿Qué vas a hacer?

—Buscar a Billy. No puede habérselo tragado la tierra

—respondí.

Bajé del coche, después de recoger dos linternas y el revólver. Entregué una linterna a Val, cuya mano temblaba, y descendimos despacio hasta el borde del lago volcánico.

Estuvimos allí unos minutos, contemplando absortos la insólita luminosidad azulada que brotaba uniformemente de sus aguas. Me prometí que alguna noche, con más tranquilidad, volvería al lago Shapahini y me esforzaría en desentrañar aquel misterio.

La temperatura ambiental era chocantemente elevada. Ciertamente estábamos en pleno verano, pero en un lugar tan alto como aquél la temperatura debía haber sido más fresca.

Echamos a caminar por un estrecho sendero bordeado de arbustos. El aire olía a humo, a humo espeso y asfixiante.

A los pocos minutos de avanzar por la vereda, Val se quejó: sus pies estaban ardiendo. Y a mi me ocurría otro tanto.

Me incliné y palpé el suelo: quemaba.

Aquello sólo podía significar una cosa: el dormido volcán de Shapahoni iba a entrar en erupción. Si la erupción iba a comenzar dentro de unas horas o de unos días, eso era lo de menos.

Según la tradición india, Shapahoni era uno de los dioses telúricos que habitaban en las entrañas de la Tierra. Para shoshons, crows y comanches, Shapahoni era una deidad benigna, que fertilizaba los áridos llanos y solamente se mostraba airado cuando los extranjeros hollaban aquellas, tierras.

Esta leyenda la conocían incluso los niños de corta edad en Sun Springs. Pero la verdad era que Shapahoni había permanecido dormido durante dos milenios. ¿Había llegado la hora de que el poderoso dios de las profundidades entrase nuevamente en actividad?

Mientras pensaba en esto, avanzábamos a buen paso sendero adelante. Había estudiado el piso a la luz de mi linterna y acacaba de ver impresas sobre el polvo negruzco las huellas de las ruedas de la bicicleta de Billy.

El sendero se iba volviendo cada vez más angosto, hasta el extremo de que la espesa floresta apenas nos permitía avanzar y las ramas azotaban a cada momento nuestros rostros. Val, trémula, apretaba mi mano, procurando no apartarse de mí.

Era una mujer valiente, de una pieza. Tenía miedo, era evidente, pero se imponía a él y lograba superarlo.

Advertí que el sendero se iba elevando y tornando más intransitable

a cada paso. Según pude comprobar, avanzábamos hacia el borde más inaccesible del lago, allá donde terminaba la vegetación y la ladera ascendía vertiginosamente, convirtiéndose en una lámina lisa y brillante.

De pronto, no supimos hacia dónde dirigirnos. El sendero había terminado y sólo podíamos avanzar abriéndonos paso a duras penas a través de la maleza.

Me detuve un momento, desorientado. ¿Dónde estaría Billy?

Val oprimió mi mano repetidamente.

—¡Escucha! —musitó

Agucé el oído. Al principio, no pude percibir el menor sonido anormal, pero luego escuché un leve zumbido, que parecía brotar de algún lugar próximo. Era un rumor leve, monocorde, continuado. ,

Guiándonos por aquel sonido, seguimos avanzando como pudimos a través de la tupida floresta. Estábamos llegando al liso talud, cuando aparté un frondoso arbusto y apareció a la luz de las linternas aquella ancha y disimulada grieta en la roca lávica.

El ruido procedía de allí precisamente. Y ahora era fácilmente audible.

Vacilé. Instantáneamente apagué la linterna, temeroso de ser sorprendido por alguien que se ocultase allá dentro.

Al hacerse la oscuridad, advertimos que de aquella abertura brotaba una tenue luz espectral de tono anaranjado.

—Veamos qué hay ahí dentro —susurré al oído de Val. Y apreté su mano en mi derecha y aferré con más fuerza el revólver que empuñaba en la izquierda.

Adelanté un pie y avancé. La hendidura tenía unos cuatro metros de altura por poco más de uno de ancho, pero a medida que caminábamos sus paredes se separaron y su techo se alzó del suelo considerablemente.

Aquel zumbido tenue que había llamado nuestra atención en el exterior, había aumentado mucho de volumen y se expandía claramente ahora por la galería subterránea.

Vimos numerosos boquetes circulares que partían de aquella caverna en distintas direcciones. Algunos de aquellos subterráneos permitían el paso de un hombre en posición vertical; otros apenas tenían cincuenta centímetros de diámetro.

La luminosidad cerrada, espectral, aumentaba en intensidad al compás del rumor monótono que provenía de las entrañas de la tierra.

Las dimensiones de la galería por la que caminábamos eran más dilatadas a cada paso. El piso, que al principio descendía suavemente, era ahora claramente inclinado, de aguda pendiente que nos obligaba a apoyarnos en los brillantes muros de lava petrificada para impedir resbalar hacia abajo.

Val me detuvo.

—Clive, apenas soy capaz de disimular mi miedo —confesó—. Volvamos, por favor.

—Te juro que yo también siento espanto, pero no volveré atrás hasta saber qué se esconde aquí —respondí.

Descendimos.

Súbitamente, a la vuelta de un recodo nos encontramos en aquella inmensa sala subterránea. Nuestras miradas atónitas se alzaron a la bóveda de cuarenta metros que limitaba aquel recinto, tan espacioso como un estadio moderno.

Unos paneles traslúcidos adosados a los muros se elevaban hasta la bóveda de la gran gruta en forma de anfiteatro. Máquinas de desconocido diseño aparecían ancladas en el centro del círculo y gruesas tuberías colgaban en haces de la bóveda y desaparecían en la roca madre.

La luz lechosa brotaba precisamente de aquellos paneles traslúcidos de forma octogonal semejantes a los paneles de las abejas. Palpé uno de aquellos paneles y percibí que era liso y sólido como un grueso cristal. Val también miró, curiosa, pero se separó en seguida al advertir que miles de pequeñas larvas nadaban en medio de un líquido de color rojizo. En otro de aquellos octógonos descubrí unos cincuenta fetos de animales que no pude reconocer, los cuales flotaban igualmente en el liquido rojo que llenaba los grandes depósitos traslúcidos adosados a los muros.

Me separé finalmente de allí, asombrado y aterrado. Por que intuía

que nos hallábamos realmente en un laboratorio avanzadísimo, donde se practicaban experiencias encaminadas a acelerar artificialmente el desarrollo de diferentes especies animales. Aquello me pareció *un criadero de seres monstruosos…*

Val se había separado de mi y contemplaba, fascinada, el disco metálico de color rojizo que giraba en el centro de la máquina de caprichoso diseño.

¿Qué era aquello? ¿Un generador de energia, un reactor nuclear quizá? No podía averiguarlo de ninguna manera, pues todos los elementos de aquella gran máquina me resultaban absolutamente desconocidos. Pero era de allí precisamente de donde surgía el rumor monocorde y potente que se expandía en todas direcciones bajo la cúpula de la gran gruta.

Nos encontrábamos, según supuse, en una gran chimenea del volcán. Probablemente, una gran masa de gases había quedado atrapada en el conducto dando origen a aquella gran caverna, que seguramente se encontraba por debajo del nivel de la superficie del lago Shapahoni.

Pero ¿quiénes eran los que habían montado aquel impresionante laboratorio subterráneo? En aquel momento, contemplando el formidable conjunto, llegué a la conclusión íntima de que lo que veían mis ojos *no había sido creado por seres humanos.* Es decir, no por la especie de seres humanos que me eran familiares.

Val se volvió de repente y exhaló un gritito. Alarmado, giré velozmente y mis ojos tropezaron con la juvenil figura de Billy.

Hinché mi pecho de aire y miré a mi sobrino de pies a cabeza.

—Bien, Billy. Comprenderás que ha llegado el momento de que me expliques muchas cosas. En primer lugar: ¿Qué haces tú aquí? Y después: ¿quiénes son las criaturas que han montado este gigantesco mamotreto para alterar locamente las leyes de la Naturaleza? ¡Contesta!

Billy no movió los labios. Permanecía a unos diez metros de distancia, absolutamente inmóvil, y nos contemplaba a Val y a mí con curiosidad.

—¡Responde! —grité, perdida la compostura.

Y caminé, irritado hacia él.

Entonces escuché la trémula advertencia de Val:

—¡Clive, deténte! ¡Ese... no es Billy!

Me detuve, en efecto. Y contemplé con asombro las facciones cenicientas de aquel muchacho que creí mi sobrino. Y me di cuenta de que no era él, que no era Billy. Tenía su misma estatura, sus mismas proporciones físicas. Incluso vestía un pantalón tejano, un suéter rojo y calzaba botas de baloncesto. Pero su piel era grisácea, arrugada, fláccida... Y en sus facciones no había el menor rastro de sensibilidad ni de humanidad.

—¡Dios mió! —murmuré—. ¿Qué es esto? ¿Un remedo de persona, una copia artificial de un ser humano...?

Abatido, transtornado profundamente, retrocedí unos pasos. Me hizo reaccionar el chillido de Val.

—¡Clive...!

Abrí los ojos y creí soñar: centenares de pequeños Billy aparecían por todas partes. Descendían de las altas tuberías, aparecían por pasadizos subterráneos camuflados, corrían como simios ligeramente encorvados y venían a confluir, formando abigarrada muchedumbre, a nuestro alrededor.

Los miré uno por uno, estupefacto. Las facciones de Billy se habían multiplicado por cuatrocientos, por quinientos, tal vez por seiscientos. Escruté aquellos rostros y en todos ellos hallé la misma falta de sensibilidad, de *condición humana.*

Pero, no, me equivocaba. Había uno que sí parecía realmente una persona. Estaba entre ellos y se aproximó a nosotros, que habíamos retrocedido, asustados, hasta la gran máquina que vibraba en el centro de la gruta. En aquellas facciones sí encontré ese algo indefinible que caracteriza a la raza humana. Y tenía razón, porque era Billy.

—¿Quiénes..., quiénes son éstos, Billy? —logré articular con voz ronca.

Señaló a una de sus copias. Era precisamente aquel ser de piel cenicienta y arrugada que nos había sorprendido minutos antes.

—El es Kayax, el Sabio, Gran Maestro de los Mutantes —habló Billy —. Forman un grupo de entes erráticos que descendieron sobre la

Tierra para estudiar nuestra fauna y llevar a cabo interesantes experimentos.

—Pero... ¿por qué se parecen todos a ti? —insití, profundamente desconcertado.

—Oh, eso... —sonrió débilmente mi sobrino—. Cuando los conocí por primera vez habían adoptado una apariencia menos agradable. Dije a Kayax que su apariencia me... asustaba y él lo comprendió. «¿Te gustaría que fuéramos como tú?», me preguntó. Y yo asentí. Naturalmente, no pretendía que fuesen *exactamente* iguales a mí, pero así lo entendió el Gran Maestro.

—¿De dónde..., de dónde proceden? —osó preguntar Val.

—Ni ellos siquiera lo saben. Hace miles o quizá millones de años que vagan a través de los espacios siderales. Realmente no son seres como... como nosotros. Son entes puros, inmateriales, y pueden adoptar la forma exterior que les apetezca, lo cual viene a ser una especie de ilusión óptica. Si tratases de tocarlos, comprobarías que son inaprehensibles, impalpables. Son sumamente inteligentes y justos, pero su sentido de las virtudes difiere notablemente de lo que nosotros entendemos como tales. Pueden subsistir durante miles de años con una pizca de energía y no dependen de necesidades materiales, como nos ocurre a nosotros —explicó Billy con tal autoridad que me sentí profundamente impresionado.

Kayax le contemplaba fijamente. Y dijo algo en un idioma que me sonaba absolutamente desconocido. Si es que verdaderamente ,se trataba de un idioma, porque lo que yo pude percibir fue *una especie de sonido modulado.*

—Por ejemplo, Kayax piensa que debéis morir, para impedir que este laboratorio sea destruido por nuestros congéneres —pronunció Billy, temblorosos los labios.

—Si han decidido matarnos, ¿por qué no lo hacen ellos con sus propias manos? —le pregunté, con tal serenidad que yo mismo me asombré.

—¿No lo has comprendido, tío Clive? —vibraron las siguientes palabras de Billy—. Ellos son seres incorpóreos, por tanto, no pueden matar directamente, sino a través de otro agente físico. Como yo. Lo siento, tio Clive. Pero ellos me dominan con su voluntad, muy superior a la mía. Ellos ordenan y yo debo obedecer.

Tenía en la mano su cuchillo de monte y sus labios temblaban, pero en sus ojos azules había un brillo de decisión.

Yo tenía en la mano mi revólver. Pero *sabía* que jamás lo utilizaría para defenderme de Billy, el cual avanzó unos pasos hacia mí, mientras los demás seres asistían a la escena hieráticos, sin pestañear.

En aquel momento *habló* Shapahoni. Es decir, un fortísimo temblor de tierra sacudió las profundidades y los gruesos muros se resquebrajaron. A través de las grietas brotaron llamaradas y tufaradas de humo espeso y maloliente.

Aprovechando la indecisión de Billy. salté sobre él y le derribé de un regular puñetazo en el mentón. Inmediatamente grité a Val:

—¡Salgamos de aquí! ¡Esa bóveda se derrumbará de un momento a otro!

Tomé a Billy en mis brazos y galopamos locamente hacia la salida. En el exterior, diversos focos de incendio habian brotado entre los árboles y la superficie del lago aparecía velada por un espeso banco de humo.

—¡Aprisa, aprisa! —gritaba yo, sintiendo vacilar la tierra bajo mis pies.

Y seguimos corriendo desatadamente sin reparar en que los arbustos desgarraban nuestras ropas y arañaban nuestra piel.

Nunca creí que alcanzaríamos el coche. Pero en cuanto dejé a Billy en el asiento trasero, pasé delante y arranqué

—¿Qué esperas? —grité a Val, encolerizado—. ¡Sube ahora mismo!

Pero ella señaló hacia el lago. Miré y vi cómo las aguas se enfurecían y un cuerpo de enorme masa se elevaba sobre el lago, salpicando chispitas en todas direcciones y dejando tras sí una estela azulada, hasta que desapareció tras la mole de Mount Hagen.

Tomé a Val por un brazo y la obligué a sentarse a mi lado. Luego maniobré para dar la vuelta y conduje como un loco hacia Sun Springs. Cuando cruzábamos el puente sobre el Casson, el volcán comenzó a vomitar sus entrañas candentes.

* * *

Billy despertó cuando un avión de los servicios de Protección Civil nos trasladaba a Kalmath Falls. Tras la erupción del Shapahoni, las autoridades habían decidido evacuar a los habitantes de Sun Springs, Big Lombard y Dalles. La radio había anunciado que la erupción del Shapahoni no sería muy violenta, pero la prudencia aconsejaba tomar unas mínimas precauciones en cuanto a la población civil.

Como decia, Billy despertó durante el vuelo. Miró a sus padres, contempló a Val y después a mi. Se diría que había dormido durante un tiempo incalculable.

—¡Qué tontería! —se burló de sí mismo—. He soñado que vi un ovni descender sobre el lago y que unas extrañas criaturas se aproximaban a mi... ¡Qué sueño más absurdo!

Nuevamente volvía a sonreír y a bromear como lo que era: un animoso y simpático muchacho de trece años. Val y yo cambiamos una mirada y dejamos escapar un suspiro desatisfacción: habíamos decidido callar cuanto sabíamos y no referirnos a ello jamás.

Cuando Billy volvió a dormirse bajo la tierna vigilancia de su madre, Val y yo nos retiramos a nuestros asientos, nos miramos amorosamente y nos besamos a escondidas.

—Bien, ¿y ahora? ¿Han desaparecido ya todos tus prejuicios? —susurré a su oído.

—¿Prejuicios? No había tal, Clive, sino el temor a perderte. Yo me había enamorado profundamente de ti, pero tú eras un psiquiatra famoso, que residía en Nueva York. Temía que yo no representase para ti otra cosa que una aventura de verano. Terminadas tus vacaciones, te marcharías a Nueva York y... te perdería. ¡Y yo no quería perderte...!

Volví a besarla profundamente. Y la caricia nos enervó a ambos.

—¿Nunca pensaste que yo podía invitarte a venir a Nueva York? —le sugerí—. ¿O, simplemente, hacerte un pequeño regalo como éste?

Era una pequeña pulsera de oro y brillantes que había comprado en Dalles, el mismo día que le regalé la moto a Billy.

Tomé su mano y ajusté la pulsera alrededor de su muñeca. Los azules ojos de Val destellaron emocionados. Pero un momento después un velo de nostalgia los oscureció.

—Nunca podré olvidar Sun Springs —suspiró.

—¿Y quién ha dicho que tengamos que olvidarlo? Probablemente, la erupción del Shapahoni no afectará al pueblecito. Trabajaremos en Nueva York, pero volveremos a Sun Springs cada verano, cada Navidad y en cuantas ocasiones nos lo permita nuestro trabajo —prometí, risueño.

—Dios nos proteja, amor mío —suspiró Val.

Y se quedó dormida.

El sol estaba apareciendo hacia Sun Springs. Detrás de nosotros, el poderoso Shapahoni alteraba la paz de los valles con sus explosiones y seguía arrojando lava incandescente por sus anchísimas fauces.

La vieja leyenda se había cumplido: el dios telúrico había arrojado violentamente de sus senos a los extranjeros que se atrevieron a hollar sus dominios.

F I N